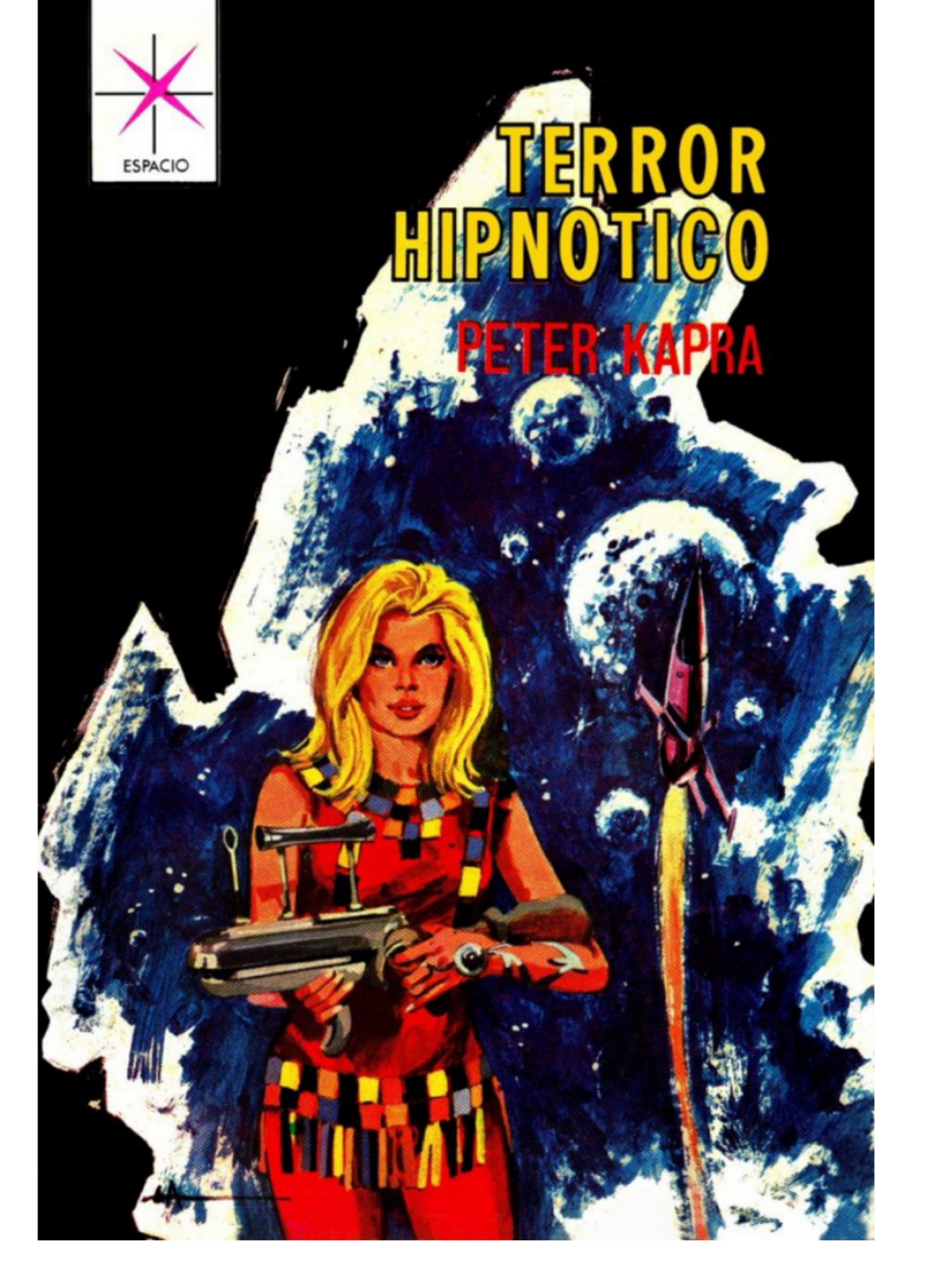

ESPACIO
TERROR HIPNOTICO
PETER KAPRA

PETER KAPRA

TERROR HIPNÓTICO

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

PORTADA: R. CORTIELLA

Primera edición: Octubre 1972

Depósito Legal: B. 38.876 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

«Existe una influencia mutua entre cuerpos animados... que está sometida a leyes mecánicas desconocidas... A causa de ello, las relaciones de actividad se ejercen sobre los cuerpos celestes, la Tierra y sus partes constitutivas.»

Franz Anton Mesmer (1734-1815)

CAPÍTULO PRIMERO

La joven y bella secretaria de sir Alexander Bramwell, el jefe del Departamento Interplanetario de la Federación Europea, había asumido una gran responsabilidad a raíz de la insólita enfermedad de su superior. Ahora cargaba con casi toda la tarea de su gabinete y apenas tenía tiempo para pensar en el inquieto y alocado prometido que le tocó en suerte.

Claire de Lautréamont era una muchacha inteligente, culta, perteneciente a una noble y antigua familia francesa, cuyos estudios superiores le habían permitido llegar al alto cargo que ocupaba en el Parlamento Europeo. En realidad, la joven poseía una renta suficientemente elevada como para poder prescindir del trabajo y dedicarse, como su novio, el conde italiano Ugo Sganarelle, al ocioso placer de la «dolce vita», viajando siempre por los lugares de moda, exhibiéndose con artistas de fama internacional, o tomando parte de alguna expedición notable, de donde había extraído más fama que experiencia.

La señorita de Lautréamont, sin embargo, prefería más la labor útil, callada, eficaz y agobiante de su gabinete, en Estrasburgo, que el placer y la diversión. Pero no reprochaba nada a Ugo.

Incluso le había ayudado a formar parte de la expedición científica al planeta Marte, en 1984, de la que tanto hablaron los medios informativos internacionales. «El conde de Montara, entre los expedicionarios de la nave "Tierra-XX"».

Sin embargo, no dijeron los informadores que la actuación de Ugo Sganarelle en el planeta rojo fue un fiasco, pasando la mayor parte del tiempo encerrado en la base, trémulo y asustado, porque las condiciones meteorológicas y las frecuentes sacudidas sísmicas eran adversas.

De regreso a la Tierra, Ugo Sganarelle «revivió» y se dedicó a manifestar que «Marte es inhabitable».

«Prefiero más las playas de moda de la Costa del Sol, en España. Uno aprende a conocer las bellezas del mar después de haber vivido en aquel infierno polvoriento.»

Debido a estas declaraciones, Ugo fue invitado a Torremolinos —¡no podían hacer menos los agradecidos hoteleros malagueños! — donde le concedieron varios trofeos más o menos oficiales, apareciendo en las revistas mundanas junto a «stars» como Linda Glober, la exótica y nudista belleza de la pantalla, o almorzando con el campeón de esquí náutico Max Werzerhofer.

Por suerte, Claire de Lautréamont apenas tenía tiempo para hojear las revistas de moda. Desde que sir Alexander había contraído aquella enfermedad que tanto preocupaba a los médicos, obligándole a un

reposo absoluto, ella tenía que revisar toda la correspondencia del gabinete, tomar decisiones más o menos graves, y, en el peor de los casos, trasladarse a Lausana, donde su superior descansaba en una finca a orillas del lago Leman, para consultar lo más importante u obtener la firma de sir Alexander.

Claire temía que si su jefe no se recuperaba pronto, el Parlamento Federal Europeo habría de elegir otro jefe del Departamento Interplanetario. En tal caso, si el elegido no era del agrado de Claire, tendría que renunciar a su puesto y, definitivamente, pensar en su matrimonio con el conde de Montara.

Las inquietudes verdaderas de Claire, no obstante, aún no habían empezado. Se iniciaron a raíz de un encuentro que tuvo, casualmente, en el vestíbulo del Royale Hotel», en Lausana, con su prometido, al que sorprendió acompañando a una belleza fulgurante, de plateada cabellera y figura sinuosa en aquel verano de 1986.

Claire regresaba de la finca de sir Alexander, con quien había consultado varios asuntos importantes. Al llegar al hotel, se encontró con Ugo y aquella extraordinaria «vestal».

—¡Ugo! —exclamó Claire, que, pese a su delicada belleza, sus ojos azules y grandes y su metro setenta de gracia femenina y correcta, quedaba eclipsada ante la acompañante de su novio.

El conde de Montara tenía maneras refinadas y se apresuró a presentar a las dos mujeres.

—Celeste Brim... Claire de Lautréamont, mi prometida... ¿Qué haces aquí, querida?

—Trabajando. Algo que tú pareces ignorar —replico Claire, tratando de ocultar su enojo.

—¡Ah, te equivocas! —exclamó Ugo, sonriendo—. Yo también trabajo.

—¡No me digas! ¿A qué te dedicas?

—Soy «manager» de Celeste y la estoy promocionando. Voy a convertirla en la estrella más cotizada del mundo.

—¿Actriz? —preguntó Claire.

—No, cantante. Su voz ha de mejorar un poco, desde luego. Pero mientras practica y ensaya, yo la exhibo. ¿Verdad que es atractiva, Claire?

—Mucho, por supuesto. Le deseo mucho éxito, señorita Brim. Y ahora, debéis disculparme. Tengo que regresar inmediatamente a Estrasburgo. He venido a consultar con mi jefe, que se encuentra cerca de aquí, convaleciente de una enfermedad.

—¿Está enfermo mister Bramwell? —se sorprendió Ugo—. ¿Cómo no...?

—No puede ser molestado por prescripción facultativa. Por eso no se ha divulgado la noticia. Ni siquiera puedo decirte dónde se

encuentra. Ya nos veremos, Ugo... Mucho gusto en haberte conocido, Celeste. Te deseo mucho éxito.

La joven y futura estrella sonrió con una mueca estereotipada, mostrando una blanca dentadura artificial. Pero Ugo Sganarelle no pareció complacido de aquel fugaz encuentro.

—Al menos, quédate a comer con nosotros, Claire. Hay avión cada hora. Hace dos meses y medio que no nos vemos.

—Tú sabes dónde estoy. Yo, en cambio, ignoro dónde te ocultas.

—¡Por Dios, Claire : acabo de llegar del sur de España! ¡Todas las revistas, de moda hablan de mí! — había fatuidad en estas palabras.

Claire, a pesar de todo, se detuvo. Consultó su reloj de pulsera y luego dijo:

—No he querido quedarme a comer con sir Alexander... ¡Pero lo haré contigo!

—Gracias, querida. —Ugo se volvió a la bella del plateado cabello —. Anda, monada, sal a que te vean un poco los fotógrafos.

—¿No íbamos a comer, Ugo? —preció lamentarse Celeste.

—No te conviene comer mucho. Tu dieta. Tómate un aperitivo. Ya te veré luego... ¡Adiós, chatita!

* * *

—El caso es grave, Ugo. Esos cinco hombres de ciencia son los que más saben acerca del planeta que tú visitaste.

—Recuerdo muy bien al doctor Peuckert. Le ayude en sus investigaciones. — Ugo Sganarelle parecía tan preocupado como Claire—. ¿Y no saben los médicos lo que tiene?

—Fatiga, como sir Alexander; agotamiento, como el ingeniero jefe del «Proyecto Marte»; languidez, como el exobiólogo David Adderley... ¡Parece una lista negra de figuras relacionadas con ese misterioso mundo rojo!

Ugo frunció el entrecejo.

—Yo también estuve allí —observó—. Fui con ellos.

—Por eso te lo he dicho. Quería saber si has notado algo anormal últimamente. De todas formas, en esa «lista negra» sólo figuran los verdaderos responsables. Tú fuiste como «sportman» y no... Bueno, como algunos astronautas, a los que tampoco ha ocurrido nada, no interveniste de modo directo.

—¡Pero sir Alexander no vino con nosotros! —exclamó Ugo.

—No, por supuesto. Ni tampoco fue James Anderson, pero también está enfermo.

—Son hombres algo maduros. A su edad, si han trabajado mucho, es fácil sufrir agotamiento. ¡Qué tontería pensar en una lista negra! ¿Quién puede desearles daño? Todos son benefactores de la humanidad.

—Es demasiado casual que tantos sabios se encuentren indispuestos. Y las consecuencias de ello pueden ser fatales para el «Proyecto Marte», que está sufriendo un retraso considerable.

Mirando hacia las azules aguas del lago Leman, Ugo Sganarelle murmuró:

—Me gustaría ayudarte, Claire. Pero también pienso que deberías dejar ese trabajo y empezar a pensar en nosotros.

—Lo haré si el Parlamento sustituye a sir Alexander. No quiero otro jefe. Pero tú tendrás que dejar también esa existencia placentera que llevas... Se dice que eres un...

Ugo sonrió ampliamente, atajando :

—No me perjudica en nada todo lo que dicen de mí. He llegado a un punto en que la publicidad me resulta gratuita, y hasta gano dinero abundante por ser quien soy. Mucha gente importante se disputa el honor de mi compañía. El promotor de Celeste me entrega cien mil francos al mes por exhibirla, por fingir que soy su «manager». Necesito dinero para restaurar mis propiedades.

—Agradezco tu sinceridad, Ugo. Pero sé que has despilfarrado muchísimo dinero y no me extraña que ahora quieras recuperar algo de lo que has gastado en diversiones. Cuando nos casemos, todo eso habrá de acabar.

—¡Por supuesto, querida! — concedió Ugo.

Claire era demasiado inteligente para comprender que Ugo no cambiaria fácilmente. No era como ella. Le gustaba demasiado exhibirse, frecuentar la inútil sociedad europea y americana, viajar, asistir a recepciones de categoría y tomar parte en competiciones internacionales.

Se encontraban comiendo en un salón del «Royale Hotel» Ella había pedido en recepción que aplazaran su vuelo para otro posterior. Y como funcionario privilegiado de la Federación Europea, la compañía aérea accedió.

Por eso estaban comiendo allí. En particular, Claire había querido apartar a su novio, aunque sólo fuera momentáneamente, de la compañía de Celeste Brim; pero, sin saber cómo, surgió a relucir la inquietud de ella.

—Los principales jefes del «Proyecto Marte» están enfermos. Y yo tengo que ocuparme de todo, si queremos que la nueva expedición emprenda el viaje en !a fecha prevista. ¿Te das cuenta del trabajo que eso da?

—¿Para qué vuelven allí? — había preguntado él —. Yo sé lo que es ese planeta rojo, Claire. Polvo, desiertos de aire enrarecido, desolación y muerte. Ya lo sabemos todo sobre Marte. Ni siquiera hallamos microorganismos. Una nueva exploración "in situ" es una cuantiosa pérdida material y económica.»

Luego, Claire había mencionado lo de la «lista negra».

—Yo sé que es imposible. Vivimos en un mundo demasiado tecnificado y complejo para que puedan darse esas casualidades. Así lo confirma el escrito del Gabinete de Información, cuyos mejores investigadores se han ocupado del caso. Por ello, hemos de descartar la «conspiración» para eliminar de la circulación activa a esos cinco sabios.

—De haber alguien interesado en hacer fracasar el «Proyecto Marte», ya estaríamos enterados. Lo que me preocupa es el trastorno que nos ocasiona.

—Te entiendo, Claire. Y, desde luego, estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por ti.

—Gracias, Ugo. ¿Qué puedes hacer? Dispongo de todos los medios oficiales. Si me hicieras falta, por supuesto, te llamaría.

Al terminar la comida Claire no tuvo más remedio que despedirse de Ugo, quien la llevó al aeropuerto en su moderno automóvil descapotable. Se besaron al despedirse, siendo descubiertos por la cámara de un fotógrafo de prensa, el cual puso el siguiente pie a la fotografía:

«—Está próxima la boda del famoso conde de Montara, con la eficiente funcionario del Departamento Interplanetario de la Federación Europea, la señorita Claire de Lautréamont?»

* * *

Varios días después, Claire recibió una llamada videofónica, desde la isla Granada, en las Antillas, donde Ugo Sganarelle hacía la presentación, en el Hotel Saint George, de la nueva estrella de la canción internacional, Celeste Brim, para lo cual había sido invitada la flor y nata del mundillo musical.

Apenas si cambiaron una docena de palabras. Pero él dijo:

—No hagas caso si alguien publica la ruptura de nuestro noviazgo y mi próxima boda con Celeste. Todo es un «bluff» publicitario. Ya entiendes, querida.

—¡No quiero verme mezclada en tus absurdos asuntos, Ugo! Si haces alguna declaración referente a mí, seré yo la que rompa nuestras relaciones.

—¡Pero Claire...!

—¡No, Ugo: trabajo para el Parlamento Europeo y no puedo prestar mi nombre a la mercadería del chisme!

Con estas palabras, Claire cortó la comunicación. Estaba furiosa con Ugo. La llamada desde las Antillas debía costar a Ugo una pequeña fortuna. La videofonía por satélite no estaba al alcance de cualquier bolsillo.

Posiblemente, Ugo no pudo evitar mezclar a su prometida en uno

de sus embrollos. Pero él sabía muy bien que de la secretaria de sir Alexander Bramwell no se podía hablar en según qué medios informativos. La seriedad y el prestigio del Departamento Interplanetario de la Federación Europea no podía ser utilizada para fines publicitarios.

Por ese motivo, y mayormente porque los asuntos de su gabinete no marchaban satisfactoriamente, Claire se retiró a dormir nerviosa y enojada.

Vivía en un amplio y moderno apartamiento en un barrio residencial de Estrasburgo. La atendía una sirvienta, que se retiraba a las seis de la tarde, después de dejarle preparado lo que debía tomar antes de irse al lecho.

Habitualmente, Claire comía en el restaurante del Parlamento. Por la noche, después de una agotadora jornada, tomaba un ligero refrigerio, repasaba algunas notas y luego se acostaba.

Aquella noche, como tenía por costumbre, Claire tomó distraídamente su leche con miel, mientras repasaba un informe enviado por el gabinete de investigación, acerca de la súbita indisposición de otro alto cargo, relacionado con el «Proyecto Marte», y luego se dirigió a su cuarto, que era una sala circular, agradable y acogedora, donde sólo se veía el lecho, también circular, en el centro, bajo las pantallas de aclimatación, almohadillado, con armarios ocultos y una especie de sillón, haciendo juego con la decoración, que daba la vuelta completamente a la estancia.

Claire se despojó del salto de cama y se tendió en el lecho. El informe se le escapó de las manos, al quedarse dormida en el acto.

La luz fue amortiguándose paulatinamente, hasta quedar convertida en algo más que una débil claridad. Un reóstato electrónico regulaba la luminosidad de la estancia en cuanto ella quedaba inmóvil y la respiración se hacía acompasada y débil.

Pero el sueño de Claire no duró hasta las siete de la mañana siguiente, como era habitual en ella. Aquella noche, las emociones hicieron alterarse su psiquis, y las pesadillas se iniciaron con un sueño que empezó siendo confuso para concluir en angustia y terror.

Claire, enteramente desnuda, se vio a sí misma dominada por un horrible monstruo, de ojos luminosos y maléficos, boca de pez, enorme y provista de dientes afilados, numerosos y pequeños, y una cabellera verde, revuelta, demoníaca y encrespada, que hacía parecer aquella máscara diabólica como algo inquietante y torturador.

Claire creyó ver la boca del monstruo tratando de morder su garganta, en medio de una niebla azulada y fantasmal. Incluso creyó sentir el aliento ardoroso de aquellas fauces sobre su piel.

Gritó y se despertó sobresaltada.

La luz se encendió automáticamente. Se encontró bañada en sudor,

trémula y muy nerviosa. Una vez convencida de que había sufrido una pesadilla, se levantó, abrió un armario secreto de la pared circular y sacó un somnífero, que ingirió seguidamente para poder conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, Claire se levantó cansada, angustiada y presa aún del espantoso sueño.

Durante todo el día, en su despacho, tuvo que hacer un considerable esfuerzo para poder concentrarse. Sus auxiliares observaron su estado, y una subalterna, con la que tenía gran confianza, se lo hizo notar.

—¿Qué te ocurre, Claire? Hoy estás muy desmejorada.

—No he dormido bien, Luise. No te preocupes. He tenido pesadillas. Esta noche descansaré mejor.

Pero las pesadillas de Claire no cesaron en varias noches. Y el estado de la joven empezó a languidecer. Adelgazó, perdió el color, se ponía nerviosa y excitable casi por nada, y hasta llegó a pensar en lo que habló con Ugo Sganarelle en Lausana.

«—Es como si todos los responsables del "Proyecto Marte" estuvieran en una "lista negra".»

¿No era ella, en ausencia de sir Alexander Bramwell, la responsable del Departamento Interplanetario?

¿Y no empezaba a sentir los mismos síntomas alucinatorios de los demás?

Claire sintió miedo... ¡Intuyó que algo sobrenatural había iniciado el aniquilamiento de su cerebro!

CAPÍTULO II

Henri Luys era un modesto psiquíatra, un soñador más que un médico mental, que creía en los extraordinarios poderes del cerebro humano, y que, con enorme sacrificio, había logrado instalarse en la Rué de Jeanne D'Are, en un edificio de vieja construcción, cuyo primer piso arregló v decoró según su gusto.

La verdad era que Henri confió demasiado en su suerte. Y en una época en que, según las estadísticas, más del treinta por ciento de la población mundial necesitaba ayuda psiquiátrica contra la tensión de la vida moderna, él sólo recibió la visita de muy pocos clientes, y en su mayoría hombres y mujeres de condición modesta, aquejados de neuralgias, más por escasez de medios económicos que por otros motivos.

Henri ni siquiera podía permitirse el lujo de pagar una enfermera. Él mismo limpiaba su despacho, acariciaba con cierta nostalgia el oscilómetro de Pleven y contemplaba con tristeza las teclas brillantes de las grabadoras.

Él también tenía preocupaciones económicas. Era preciso pagar todo lo que debía. Sus padres ya no podían ayudarle, distrayendo de sus escasos ahorros. ¿Hicieron bien aquellos modestos comerciantes de Reims en costear la carrera de Henri, realizando toda clase de sacrificios para aquel exiguo resultado?

«Dr. Henri Luys, psiquíatra», rezaba la dorada placa que había colocado en la puerta de la calle, y a la que los transeúntes miraban con indiferencia. Posiblemente, más de uno necesitaría tratamiento contra la angustia de la vida moderna. Pero pensando en la cuenta que, indefectiblemente, pasaría Henri, se abstenían.

Sin embargo, pensando en los clientes de los famosos psiquíatras del Fabourg de St. Honore, como Bernard Laurent o Charles D'Auriac, Henri no dejaba de lamentarse. Conocía al doctor Laurent, a quien había oído hablar en importantes conferencias en la Facultad de Medicina. Sabía que su clientela era de lo más distinguido de París y que hasta venían a consultarle pacientes de Londres, Madrid y Berlín. Los honorarios del doctor Laurent ascendían a varios miles de francos; ni él mismo sabía lo que percibía por una sesión. Eran sus ayudantes los que se ocupaban de la ingrata cuestión de sus honorarios. Los clientes pagaban sin rechistar, porque el doctor Laurent era internacionalmente conocido.

En cierta ocasión, Bernard Laurent había hablado con Henri.

«—¿Y qué piensas hacer ahora, amigo mío? ¿Irás a establecerte a provincias?»

«—Quisiera instalar un consultorio en París, señor.»

«— ¡Ah, un joven con ambiciones! Te ayudaré, por supuesto. Mis maestros me ayudaron cuando yo empecé. Estoy obligado a corresponder con mis queridos discípulos.»

Pero el famoso doctor Laurent no volvió a pensar en Henri. Una cosa era hablar en los pasillos de la Facultad y otra recomendar a sus clientes que fueran a ver a un joven que, posiblemente, ni siquiera tenía un consultorio en condiciones.

Y, sin embargo, Henri Luys había realizado excepcionales pruebas de hipnotismo. En una ocasión, el doctor Laurent no pudo sugestionar a un paciente durante unas experiencias de hipnotismo. Y fue Henri quien, pidiendo luego disculpas al maestro, logró situar en trance ligero al sujeto.

El joven era notable en su labor. Había estudiado con ahínco durante muchos años y su tesis resultó brillantísima. Conocía todo lo habido y por haber en psiquiatría y psicoanálisis, desde Freud hasta las últimas investigaciones rusas y norteamericanas, y en el terreno del hipnotismo, arma indispensable para su profesión, estudió intensamente a Mesmer, Braid, Liebeault, Richet y Charcot, cuyas experiencias habían creado escuela.

Henri Luys estaba preparado para ejercer su profesión. Se graduó con calificación «cum laude» y se estaba preparando, debido a su escaso trabajo, para el doctorado.

Tenía treinta años de edad, era alto elegante y agradable, pero en sus bolsillos apenas si había unos cuantos francos, y estaba pensando en dejar la pensión donde vivía para instalarse en su gabinete de trabajo, lo que habría sido algo así como quemar el último cartucho antes de darse definitivamente por vencido e ir a suplicar un puesto de subalterno en alguno de los gabinetes médicos de las grandes compañías de seguros.

Henri quería ser limpio, puro, como Galeno. La psiquiatría era una rama de la Medicina tan útil y recesaría como la Cirugía o la Obstetricia. De la mente se sabía mucho y no se sabía nada. Era preciso investigar, indagar, adquirir experiencia, como parecían tenerla los psiquíatras norteamericanos, que habían sabido crear el clima neuropatológico propio de la vida moderna.

En Europa también existía el mismo clima, pero lo controlaban cuatro grandes figuras, unos nombres importantes. Y hasta que Henri Luys fuese alguien, posiblemente habría muerto de hambre o claudicado, vendiendo su primogenitura por un plato de lentejas. Con ello vendería también sus mejores y más queridas ambiciones.

Sin embargo, la suerte de Henri Luys estaba a punto de cambiar.

* * *

Claire de Lautréamont, cubierta con un amplio y ligero abrigo de

verano, gafas de exótica montura, el cabello liso y casi de incógnito, tocó el timbre del gabinete de Henri Luys, en la Rué de Jeanne D'Arc.

El propio Henri le abrió la puerta y la hizo pasar, sorprendido de aquella inesperada visita.

—¿En qué puedo servirle, señorita?

—Le ruego me disculpe por no poder decir mi nombre, doctor Luys. He venido a verle a usted porque sé que no goza de... digamos excesivo renombre. Me he informado bien.

»No quiero publicidad, y menos que nadie me reconozca. No vivo en París, aunque soy francesa. Confío en su máxima discreción.

Henri, sorprendido y captado por el mágico hechizo que se desprendía de la exquisita y delicada mujer, la hizo pasar a su despacho. Casualmente, todo estaba en orden, porque Henri lo había limpiado, como si presintiera la llegada de un cliente importante, y Claire pudo sentarse ante la limpia y blanca mesa de él, reclinándose luego en un cómodo asiento.

—Si se ha informado bien, sabrá que en mi consulta no se forman colas de pacientes que esperan ser recibidos. No soy lo que se llama un psicoanalista de moda.

—Lo sé. No hablemos de honorarios. Yo le pagaré lo mismo que pagaría al doctor Laurent. Pero existen razones muy poderosas para no ir a verle a él, a pesar de ser amigo de la familia.

Henri mostró inmediatamente su interés.

—¿Conoce usted al doctor Laurent?

—Sí, desde que era niña.

—¿Y no quiere que él la examine?

—No. Ni siquiera quiero que sepa que he venido a verle.

—Bien. Confío en que usted, libremente, me cuente esos motivos. Desde luego, no se suele venir aquí sin motivo. ¿Están en relación unos con otros?

—Quiero que me ayude... Míreme, doctor Luys... Esta que ve usted no soy yo. —Diciendo esto, Claire se quitó las gafas y mostró sus hundidos ojos, el aspecto demacrado así como el cansancio que la dominaba—. Sufro horrendas alucinaciones casi todas las noches. Vivo unos días de terror y angustia...

—¿Qué clase de alucinaciones, señorita...?

—Llámeme usted Claire únicamente. No quiero que relacione mi nombre con mi ocupación. Puede que se entere usted, porque, desafortunadamente, aparezco involuntariamente en la prensa. Pero si me identifica, le ruego no divulgue usted que he venido a verle.

—Hace usted muy difícil mi labor, señorita Claire. Son muchos los datos que necesito para realizar un estudio de su caso. Incluso puede que sea preciso recurrir a la hipnosis.

—¡No! — exclamó Claire, alarmada —. No tratará usted, bajo

ningún concepto, de hipnotizarme. Si lo hiciera usted sin mi consentimiento, puedo hacer que lo detengan.

Henri sonrió. Empezaba a gustarle aquella cliente de aspecto aristocrático y que, por añadidura, «tenía poderosas razones para no ir a la consulta del afamado Bernard Laurent».

Era una criatura deliciosa, de extraordinaria belleza, aunque su aspecto estuviera desmejorado, posiblemente por las pesadillas que decía padecer, y que él era capaz de desterrar de su mente en menos de dos sesiones. Sin embargo, en todo problema del subconsciente, la hipnosis y la sugestión eran necesarias.

—Será mejor que me explique usted, tranquilamente, lo que le ocurre.

—Otra cosa, doctor Luys. No puede usted tomar ninguna nota de cuanto le diga, y menos grabar siquiera una palabra.

—Pero… ¿cómo voy a estudiar su caso?

—Puede usted de hacerlo de memoria. Por favor, ayúdeme. He venido preparada para ayudarle a mi vez a usted. Conozco perfectamente su situación económica y no trate de engañarme. Tenga este sobre. Es una entrega a cuenta de sus honorarios. —Claire sacó un sobre del interior de las ropas y lo depositó sobre la mesa—. Acéptelo. Son cincuenta mil francos. Es bastante y le entregaré más. ¡Pero ha de tratarme usted de acuerdo con las condiciones que establezca!

Con un gesto seguro, Henri rechazó el sobre, diciendo:

—No acostumbro a cobrar por adelantado, señorita Claire. Guárdese el dinero y hablemos de sus pesadillas. No tomaré nota ni grabaré sus palabras. Pero no le oculto la posibilidad de que no pueda ocuparme de usted después de haberla oído.

Claire pareció aturdida.

—¿Qué quiere decir?

— Soy médico y la Medicina es una ciencia que no se somete a caprichos y antojos. Si hay lesión o daño, mi deber es atenderla y tratar de curarla. Pero la ciencia no es diversión, ni estamos aquí para seguir la moda.

—Espero que me comprenda cuando escuche mi caso… Sé que voy a morir, doctor Luys. «Algo» o alguien me obsesiona continuamente, apareciéndoseme en sueños… Es un monstruo, con horrible boca de pez, una larga fila de dientes, ojos luminosos y cabellos verdes… Sé que pretenden inquietarme… No le puedo decir por qué… Pero el monstruo parece siempre querer morderme la garganta.

Henri Luys era demasiado buen psicoanalista para sonreír siquiera ante las explicaciones de Claire.

—Por favor, sea algo más coherente. Esas visiones las tiene mientras duerme.

—Al principio, sí. Pero últimamente veo al monstruo incluso

cuando estoy despierta.

—¿Lo ve usted? ¿Dónde?

—Aquí dentro —contestó Claire, señalándose la cabeza.

—¡Ah, lo imagina! ¡Un monstruo como el que me ha descrito no existe! ¡Usted es suficiente mayorcita rara saber que eso es imposible y que se trata de una jugarreta del subconsciente!

—No me ha comprendido. Alguien está tratando de matarme... Es mi vida la que peligra, doctor Luys.

—Si el monstruo con el que sueña y que ahora ve incluso en estado de vigilia no existe, su vida no corre peligro alguno. Por tanto, no debe alarmarse.

Lo que haremos será desterrar esa visión de su mente, que ha sido motivada por cualquier excitación, y estará usted curada. Volverá el color a sus mejillas, el brillo a sus ojos y todo habrá concluido.

—No será tan fácil, doctor Luys. Quien ha provocado mi estado actual desea eliminarme. Ya lo ha hecho con otras personas relacionadas con un importante proyecto. Estoy segura de que intentan dislocar el proyecto... Mi jefe, lo sé muy bien, también sufre alucinaciones, aunque al principio no lo dijo. Lo que nos ocurre a todos procede del exterior de nuestras mentes.

—¡Ah, no! — atajó Henri con un gesto, a la vez que sonreía condescendientemente—. En eso se equivoca usted, señorita Claire. Todas esas alteraciones del subconsciente vegetativo proceden, nacen y mueren en el interior de nuestras mentes.

»Nadie está capacitado para influirla o sugestionarla, si antes no se ha prestado usted a ello.

—¿Usted no admite la existencia de poderes extraordinarios y sobrenaturales? —preguntó Claire, mirando fijamente al psicoanalista.

—No, por supuesto. Creo en poderes desconocidos de nuestra propia mente. Pero estoy convencido de que no son sobrenaturales. El hecho de que no conozcamos una cuestión no quiere decir que, tarde o temprano, no podamos descubrirla. Entonces dejará de ser desconocida.

—Yo no me refiero a esos poderes de la mente que estudian los psicólogos, neurólogos o fisiólogos. Hablo de la metapsíquica, de los paranormales, de lo que tal vez no pertenezca a este mundo.

Los labios de Henri se volvieron a partir en otra sonrisa.

—Estoy descubriendo en usted facetas extraordinariamente imaginativas. Con frecuencia, según mi humilde experiencia, los cerebros como el suyo son complicados. Mucho me temo que será necesario recurrir a la hipnosis. ¿Cuál es su profesión? ¿En qué se ocupa? ¿Está casada o soltera?

Claire se relajó en su asiento. Henri, por medio de un pedal secreto, había ido consiguiendo que el respaldo del asiento de ella se

inclinase ligeramente, acentuando la comodidad, sin que ella se percatara. A su vez, trataba de impulsar su magnetismo mental para «captar» las ondas simpáticas de su cliente. Intuía que se trataba de un caso sencillo de sugestión. Pero necesitaba más datos e informes.

—Trabajo en una oficina oficial y soy soltera.

—¿Qué edad tiene? A mí puede decírmelo con toda confianza.

—Veinticuatro años.

—¿Ha trabajado mucho últimamente? Quiero decir si se ha esforzado en su tarea más de lo corriente, si se ha fatigado.

—Sí. He asumido todo el trabajo de mi jefe, al que trato de sustituir.

—¡Ah, eso es un buen indicio! La fatiga crea trastornos sintomáticos y alucinatorios. Sinceramente, ¿toma usted drogas?

—No. Soy una mujer consciente y responsable.

—¿Ni siquiera alucinógenos débiles? ¿Estimulantes? ¿Somníferos?

—Últimamente he tenido que recurrir a las píldoras para dormir. Pero ha sido debido a esas pesadillas de que le hablo.

—¿Qué ha tomado?

Claire citó un producto conocido.

—Es bastante inocuo — concedió Henri —. Sin embargo, a su edad y estando agobiada de trabajo, lo normal es dormir sin ayuda de nada. Relájese y no se inquiete. ¿Ha observado que el respaldo se abate?

Claire se había incorporado de pronto.

—¿No está tratando usted de acomodarme para utilizar sus métodos hipnóticos?

—No —confesó él—. Sin autorización previa, jamás recurriría a ese procedimiento, aunque esté convencido de que una o dos sesiones de trance hipnótico la harían olvidar esas pesadillas.

—Lo siento. No puedo acceder. Tengo poderosas razones.

—Ya lo ha dicho antes. Y yo insisto en que si se escuda usted detrás de pretextos más o menos infundados, no podré curarla. El psiquíatra no es como el médico de cabecera, que diagnostica según los síntomas y receta un fármaco de efectos generales. Por desgracia, la mente es más complicada que el cuerpo.

—Temo que no llegaremos a entendernos, doctor Luys. Si supiera usted la índole de esas razones, lo comprendería. Le he dicho la verdad. Pero no puedo revelar secretos que no me pertenecen.

—A ciegas no puedo hacer nada. ¿Redactaría usted un informe con los ojos cerrados?

—¡Ahora estoy tratando de hallar luz en mí misma! — exclamó Claire, desesperadamente—. Necesito ayuda... Por eso he venido a usted. Le pagaré lo que sea, pero sálveme usted... ¡Me siento morir por momentos!

Henri denegó con la cabeza.

—No crea eso. Debe usted rechazar esas absurdas impresiones. En realidad, cualquier método psiquiátrico para librarla de sus pesadillas ha de iniciarse en usted misma. Aquí no espere encontrar la receta salvadora, las píldoras o la inyección milagrosa. La curación psicológica se inicia en el momento en que el paciente obedece en todo a su médico.

»Verá usted. Voy a leer un párrafo del célebre psicoanalista norteamericano Lionel Brompton, y se convencerá.

Henri hizo girar su asiento giratorio y alargó la mano hacia la estantería que tenía a su espalda, alcanzando un grueso volumen.

—Déjelo, doctor Luys. No se moleste —habló Claire.

La joven se había puesto en pie y estaba poniéndose las gafas.

—¿Qué hace usted?

—Me marcho. No es preciso que me acompañe. Conozco el camino... Gracias de todos modos por su gentileza.

—Si usted quisiera ser más explícita, confiar más en mí...

—Lo siento. No puedo.

—¿Qué hará?

—No lo sé. Tal vez vaya a ver al doctor Laurent... Mucho gusto en haberle conocido.

—Aguarde. La acompañaré.

Henri se levantó y fue tras ella. Se dieron la mano en la puerta. La joven trató de sonreír sin conseguirlo. Luego se marchó.

Él se quedó en la puerta, viéndola descender la escalera. Suspiró, se encogió tristemente de hombros y no quiso hacer conjeturas. No era un caso difícil: que se le había presentado, pero ella había puesto demasiados inconvenientes para impedir su acción.

Al regresar al gabinete descubrió el sobre con el dinero a los pies del sillón donde había estado Claire. Lo tomó y corrió hacia la puerta. Bajó corriendo las escaleras, pero cuando llegó a la calle no pudo descubrir a la joven, por más que miró en todas direcciones.

¡Y lo sorprendente era que el sobre contenía cincuenta mil francos!

CAPÍTULO III

Henri no gastó ni un céntimo del dinero que contenía el sobre, dejado en su gabinete deliberadamente por la misteriosa señorita Claire, a la cual trató de localizar sin éxito.

Por fortuna, a los pocos días, un amigo le recomendó a un comerciante que fue a verle para que le tratara una neuralgia poco importante. Y la minuta de aquel hombre le permitió salir un poco a flote. Era un hombre afable, cordial y delicado que no quiso hablar de dinero después de la consulta, pero que dejó a Henri un cheque firmado, para que él pusiera la cantidad y fuese a cobrarlo.

Henri, después de dudar un rato, escribió la cantidad de dos mil francos, pero tuvo la gentileza de llamar por teléfono a su cliente, a fin de consultarle.

—¿Le parece bien que le cobre dos mil francos, señor Veller?

—¡Me parece irrisorio, doctor Luys! ¿De qué vive usted? ¿Del aire?

—Sólo quiero ser modesto. Retiraré sólo dos mil.

—¡Y yo le enviaré cinco mil más! ¡Ya lo creo!

Henri Luys salió así de apuros momentáneos. Pagó algunas cuentas y luego se puso a pensar en dónde y cómo encontrar a Claire, porque no estaba dispuesto a quedarse con el sobre de los cincuenta mil francos, a pesar de que con ellos habría saldado definitivamente sus deudas.

Recordó lo que ella le había dicho. Era funcionaría y trabajaba en algún departamento oficial. Sin embargo, no eran datos suficiente concretos para localizar a su visitante.

A pesar de todo, Henri pasó varios días tratando de averiguar algo. Y hasta llegó a pensar en presentarse en el gabinete del doctor Bernard Laurent y hablar con él respecto a la joven que decía conocerle desde niña, ser amiga de la familia y trabajar como funcionarla en un departamento oficial. Sólo el hecho de que el nombre de Claire podía ser falso y no poseer otra referencia, le desanimó.

Sin embargo, una trágica noticia, ocurrida diez días después de la extraña visita de Claire a su consulta, hizo que Henri sintiera una gran inquietud y la zozobra se apoderase de su corazón.

La noticia la publicó la prensa con grandes titulares:

Famoso psiquíatra muerto en extraordinarias circunstancias

Henri devoró con avidez la noticia de la muerte del doctor Charles D'Auriac. Y algo en la lectura de aquel siniestro suceso lo relacionó él, impensadamente, con el caso que le explicó la misteriosa Claire.

¡El doctor D'Auriac fue hallado muerto en su gabinete y presentaba

en la garganta una extraordinaria mordedura, obra de un animal desconocido e inclasificado, que no podía tratarse de un perro!

¿El monstruo con boca de pez, ojos luminosos y cabello revuelto y verde?

Pero esto era absurdo e increíble. Tal animal no existía más que en la mente de Claire. ¿Acaso ella había ido a ver al doctor D'Auriac después de visitarle a él y el monstruo alucinante se materializó?

Henri descartó de inmediato esta absurda posibilidad. Además de estúpido, suponer tal cosa era una perfecta majadería. La prensa del país, sin embargo, era unánime al afirmar que la muerte del psiquíatra se produjo a consecuencias de la mordedura de un monstruo que tenía más de ochenta dientes, dispuestos como los de un extraordinario pez.

La otra noticia la dio el servicio de información de la «ORTB», en su noticiario de sucesos, cuando el locutor, a la mañana siguiente, apareció en la pantalla y anunció:

«En relación con la extraña muerte del famoso psiquíatra, doctor Charles D'Auriac, se nos comunica que la señorita Claire de Lautréamont, alta funcionaría del Departamento Interplanetario del Parlamento Federal Europeo, está siendo interrogada por el prefecto de Policía de París, por existir indicios que hacen sospechar una posible relación con el finado psiquíatra. A este respecto, confiamos poder facilitarles más información en nuestro próximo boletín.»

Henri Luys quedó anonadado. Al fin conocía la identidad de su misteriosa visitante, la cual no le mintió al dar su nombre de pila, reservándose los apellidos.

Pero lo increíble era que hubiera sido detenida por la policía.

¿Qué había ocurrido? ¿No tenía él la obligación ineludible de intervenir y declarar a favor de ella, dado que Claire fue a visitarle en busca de ayuda para una pesadilla que, aunque pareciera extraordinario e inaudito, ofrecía aspectos estremecedores de haberse convertido en realidad?

Henri no tuvo necesidad de dudar mucho. Antes de decidirse a presentarse en la Prefectura, llamaron con insistencia en la puerta de su consultorio.

Acudió a abrir y se encontró ante dos hombres vestidos de paisano, pero con el inconfundible aspecto de pertenecer a la policía. Y, por si el aspecto no fuera suficiente, uno de ellos mostró sus credenciales, diciendo:

—Soy el comisario Jacques Marten... ¿Es usted el doctor Luys?

—Sí. ¿Acaso vienen por el asunto del doctor D'Auriac?

Los dos policías se miraron. Marten asintió.

—¿Podemos hablar con usted?

—Sí, por favor. No se sorprendan. Conocí al doctor D'Auriac y la señorita de Lautréamont estuvo a visitarme hace diez días. No pude

ayudarla, pero quería volver a verla porque se dejó aquí una elevada cantidad de dinero.

—Lo sabemos — dijo el comisario Marten, entrando en el gabinete de Henri y mirando en torno con interés—. Ella misma nos lo ha dicho. No ha mencionado para nada el dinero. Dice que vino a verle a usted y no quiso dar su nombre. Pero le contó el caso.

—Sí, me habló de una pesadilla.

—¿Quiere usted contárnoslo todo, doctor Luys? — pidió Marten, sacando del bolsillo una cajita, no mayor que una pitillera, que debía contener una grabadora en miniatura.

—Siéntese, por favor — rogó Henri —. La verdad es que no sé si debo hacerlo. Las confidencias de una cliente son sagradas para nosotros.

—Se trata de un caso de asesinato, doctor Luys — explicó el acompañante del comisario Marten, cuyo nombre era Billain y su cargo correspondía al recién creado puesto de médico legal o antiguo forense, pero adscrito al Departamento de Investigación de la Sureté Nacional.

—¿Son capaces de creer ustedes en la posibilidad de que un monstruo imaginario, fruto de las alucinaciones de la señorita Claire de Lautréamont, haya podido causar la muerte del doctor D'Auriac? — preguntó Henri, mientras abría el cajón de su mesa y tomaba el sobre del dinero dejado allí por Claire.

—No estamos aquí para discutir eso — habló Jacques Marten—. Pero es evidente que está usted enterado de lo que la señorita De Lautréamont llama el monstruo de su mente.

—Es cierto — confesó Henri —. Este dinero me lo dio ella. No quise aceptarlo y lo dejó caer al suelo. Lo encontré después de haberse ido. No sabía quién era ni dónde encontrarla. No me dio su nombre completo.

—Por favor, doctor Luys —rogó Billain—, ¿qué fue lo que le dijo? ¿Grabó usted sus palabras o tomó alguna nota?

—No. Ella me lo prohibió. Me habló de sus pesadillas...

Henri no tema ningún interés en ocultar el caso de Claire y lo relató con todo detalle, sin omitir nada. Mientras, en la «pitillera» de Jacques Marten todo iba quedando registrado. Al terminar, Henri preguntó:

—¿Puedo ver a la señorita De Lautréamont? Tengo que devolverle su dinero.

—Creo que sí, doctor Luys. Es más, queremos que nos acompañe usted a la Prefectura. Alguien de sus conocimientos psíquicos debe reconocer a esa joven y hacernos un informe completo de su caso clínico —habló lentamente Víctor Billain, con cierta aspereza.

—¿Cómo ocurrió?

—Algo sorprendente. Claire de Lautréamont fue a visitar al doctor D'Auriac. Estaba en su gabinete de consulta. Ella no se lo explica, pero el doctor D'Auriac debió hipnotizarla o sugestionarla. Cuando se despertó, ayudada por una de las enfermeras del psiquíatra, éste ya estaba muerto... ¡Había sido mordido en el cuello por un ser monstruoso que le cercenó buena parte de la garganta!

—Y sólo Claire de Lautréamont se encontraba con él — terminó Jacques Marten.

—¡Eso es imposible! —exclamó Henri Luys.

—¿Tiene usted algo a favor o en contra de esa señorita, doctor Luys? —quiso saber Víctor Billain.

—No. Sólo la he visto una vez, y fue cuando acudió a mi consulta. Pero quiero insistir definitivamente en que esa mujer, en estado de inconsciencia, no pudo atacar al doctor D'Auriac, y menos producirle una herida como dice la prensa... ¡Es absolutamente imposible!

—Yo creo lo mismo —asintió Billain—. Sin embargo, en los dominios de lo sobrenatural, como parece que nos encontramos en este caso, pueden existir fenómenos extraordinarios de metamorfosis animal y la mente de la señorita De Lautréamont podría ser causa...

—¡Rechazado totalmente! — replicó Henri con calor—. Pueden llamar ustedes al doctor Bernard Laurent o a Marcel Lebruy, a quien quieran, con tal de que conozca los secretos de la mente y del subconsciente, y todos le dirán lo mismo. Si Claire estaba en estado de hipnosis, cosa que debió realizar el doctor D'Auriac, aunque conmigo ella no quiso acceder, es imposible que pudiera atacar a su hipnotizador, porque su mente estaba sujeta al mandato ineludible de la voluntad del sugestionados

—Así lo creo yo también —confesó Billain—. Y nos consta que la señorita De Lautréamont estaba hipnotizada, porque hubo de ser vuelta a la realidad por una enfermera.

Henri miró fijamente a Víctor Billain.

—Entonces, ¿por qué la han detenido?

—¡Oh, no está detenida! —se apresuró a decir Jacques Marten—. Nosotros no podemos detener a un funcionario del Parlamento Europeo. Sólo la atendemos. Necesita ayuda médica y legal. Por otra parte, es ella la que asegura que el monstruo se engendró en su mente y salió de allí para matar al doctor D'Auriac.

—Les acompañaré —dijo Henri resueltamente—. Es evidente que necesita toda la ayuda que podamos prestarle.

* * *

El conde de Montara se hallaba en una butaca ante su prometida. También había allí dos oficiales de policía.

Henri Luys, Jacques Marten y Víctor Billain entraron en la sala.

Ugo Sganarelle estaba diciendo :

— Iré a Estrasburgo y veré, si es preciso, al presidente de la Cámara.

Todos se volvieron cuando entraron los tres hombres. Al principio, Claire, que ofrecía un aspecto mucho más desmejorado que cuando fue a ver a Henri, no pareció reconocer a éste. Él, en cambio, sonrió al mirarla.

—¿Se acuerda de mí, Claire?

—¿Quién es usted? —preguntó Ugo Sganarelle, poniéndose en pie.

—Es mejor que salga usted ahora, señor Sganarelle — dijo el comisario Marten.

—¿Por qué? —exclamó el famoso «sportman»—. Ella es mi prometida. He de protegerla.

—Aquí no necesita más protección que la nuestra, señor Sganarelle — replicó Marten con acritud —. Le ruego que salga. El doctor Luys tiene que hablar con ella.

Claire estaba mirando ahora a Henri con mirada turbia. Sin embargo, un destello de reconocimiento asomó a sus pupilas.

—¿Decidió usted consultar con Charles D'Auriac? ¿Por qué no fue a ver al doctor Laurent? ¿No confiaba usted en mí?

Mientras Henri hacía estas preguntas, el comisario Marten sacaba a Ugo Sganarelle de la sala y Víctor Billain se sentaba en una butaca.

—Usted no quiso ayudarme, doctor Luys — musitó la joven.

—No en las condiciones que usted me pedía. Es lamentable lo ocurrido. ¿Autorizó usted al doctor D'Auriac a hipnotizarla?

—¡No! ¡Yo sabía que el monstruo se hallaba en mi mente y saldría para atacar!

—Usted sabe muy bien que eso es imposible. Los fantasmas que uno mismo concibe no pueden salir del cerebro para matar a nadie. Esa explicación no es convincente.

»Sin embargo, usted se encontraba presente cuando el doctor D'Auriac murió de modo tan extraordinario.

—¡Él me hipnotizó sin mi consentimiento! ¡Por favor, no me torturen más! ¡Ese monstruo no es una invención mía! ¡Mi jefe, sir Alexander Bramwell, también lo ha visto! ¡Y también el ingeniero jefe del «Proyecto Marte», señor James Anderson! ¡Y hasta el doctor Peuckert!

—¿Ha hablado usted con ellos?

—No con todos. Pero en mi despacho del Departamento Interplanetario he recibido los informes. Sir Alexander me lo confesó personalmente en Lausana.

—¿Por qué no me dijo usted eso cuando vino a verme, señorita De Lautréamont? —preguntó Henri.

—No podía decírselo. Mi trabajo es importante. Hágase usted cargo

de ello. Debía ser discreta. Ni siquiera podía correr el riesgo de hablar sin dominio de mí misma sobre cuestiones trascendentales de mi gabinete.

—Comprendo y la disculpo. Sin embargo, ¿cómo se explica usted, de modo lógico, la muerte del doctor D'Auriac? Él estaba a solas con usted en su consultorio. La sugestionó y la puso en trance ligero de hipnosis. ¿Quién le atacó de aquel modo tan bestial?

Claire, con el rostro desencajado, sacudió la cabeza.

—No pudo ser más que él.

—¿Quién?

—El monstruo... Salió de mí... Se materializó y atacó, hundiendo sus horribles dientes en la garganta del doctor D'Auriac... ¡Por favor, no me atormente! ¡No sé nada más! ¡Tienen que creerme! ¡Enciérrenme, intérnenme o hagan conmigo lo que quieran; pero no me torturen! ¡No consigo apartarlo de mi mente!

—¿Todavía lo está usted viendo, señorita Claire? — preguntó Henri, tratando de dar a su acento un tono de comprensión y confianza.

—Intento apartarlo, desterrarlo, rechazarlo... Pero él está ahí. Ya no puedo dormir ni siquiera con somníferos... ¡Es un tormento!

—Sobrepóngase usted, se lo ruego. ¿Cuándo fue a ver al doctor D'Auriac? ¿Después de ir a mi consultorio?

—Sí, algunos días después. £1 no me conocía. Era famoso.

—¿Y por qué no fue a ver al doctor Laurent?

—No quería que supiera... todo lo demás... Es cierto, doctor Luys. Eso que se ha apoderado de mí es lo mismo que domina a todos los responsables del «Proyecto Marte». Yo he sido la única que ha querido luchar contra él. Los demás están sometidos y silenciosos, no hacen nada, como si hubieran sido dominados. Están muriendo poco a poco. Algo extraordinario sé ha propuesto que el futuro viaje a Marte no se realice. Ésas son las únicas personas que están al corriente de la verdad!

—¿Hay algún importante secreto en la exploración de Marte? —preguntó Víctor Billain.

—No. El programa fue publicado en toda la prensa internacional. Después de la expedición de hace dos años, se preparó esta otra. Todo el mundo sabe que partirá un equipo de seis naves espaciales, con cincuenta personas, que permanecerán más de un año en el planeta rojo, utilizando las instalaciones de la expedición anterior.

—Entonces, ¿a qué viene lo del secreto que usted quería guardar?

—Son los detalles de tipo económico, político y científico. De eso no puedo hablar, por tratarse de asuntos estrictamente confidenciales.

—¿Y usted supone que alguien pretende impedir o dificultar esa expedición? —preguntó Henri.

—Sí… ¡Algo de inconcebible poder!

—¿Por qué dice inconcebible?

—Soy una muchacha culta, doctor Luys. Por algo ocupo el cargo de secretaria de sir Alexander Bramwell en el Departamento Interplanetario.

Henri cambió una mirada de complicidad con Víctor Billain. Y fue éste quien preguntó:

—¿Cree usted que alguien la mantiene en estado de continua sugestión para hacerla enfermar?

—Sí, eso creo.

—Entonces, ¿por qué han matado al doctor D'Auriac? ¿Se enteró de algo que no debía saber? ¿Nos oculta usted algo?

—¡No lo sé! ¡Ignoro lo que ocurrió! ¡Desconozco la fuerza de esos poderes ocultos que hay en mi mente! ¡Pero el resultado está claro! ¡Y no les oculto nada!

—Tranquilícese, se lo ruego, señorita Claire —habló Henri con voz suave—. Estoy pensando que será conveniente proceder a la hipnosis.

—¡No! —gritó ella.

—Sólo en estado de trance podremos saber la verdad. Su subconsciente nos dirá lo que ocurrió en el gabinete del doctor D'Auriac… ¡Incluso podremos saber cómo murió…!

Claire se levantó de un salto. Pero sus facciones se desencajaron de modo violento. Gritó y luego se desplomó pesadamente. Habría caído al suelo si Henri no la sostiene a tiempo, ayudándola a tenderse en el sillón. Un breve reconocimiento le bastó para diagnosticar:

—Se ha desmayado. Creo que es mejor llevarla al hospital.

—Sí, doctor Luys. Eso haremos — dijo Víctor Billain.

CAPÍTULO IV

El más vivo interés se había despertado en Henri Luys por el singular caso de Claire de Lautréamont, y no porque la policía le hubiera encargado redactar un informe oficial, según su criterio personal, sino porque la joven había empezado a interesarle y no profesionalmente.

Henri, en compañía del comisario Marten, visitó él consultorio psiquiátrico del fallecido doctor D'Auriac, que era un modelo de buen gusto y decoración funcional, como él hubiera querido para sí mismo.

D'Auriac estaba asistido por tres médicos psicoanalistas y muchos clientes eran atendidos por ellos. Henri los conocía y aprovechó la oportunidad para saludarles, a pesar de la consternación que les dominaba por la muerte de su jefe.

Uno de ellos, compañero de estudios de Henri, llamado Guy Andry, antiguo y excelente camarada, habló del caso en presencia del comisario.

— Bien pensado, hemos caído en la cuenta de que alguien que conozca esto, pudo entrar en el gabinete de consulta del doctor D'Auriac, utilizando la salida privada, que usan los clientes que no desean que nadie les vea entrar o salir. Comunica directamente con el aparcamiento subterráneo y hay un ascensor privado.

—¿Puede entrar y salir cualquiera por ahí? —preguntó el comisario Marten antes de examinar el acceso.

—Repito, comisario, que sólo la utilizaban clientes importantes que avisaban su llegada por video o teléfono. El doctor D'Auriac les franqueaba el paso. Sin embargo, el monstruo que causó la muerte de nuestro jefe no pudo entrar por ahí si no vino acompañado de alguien.

Jacques Marten pidió que le mostraran aquella entrada. El propio Andry les acompañó. Efectivamente, en el despacho de D'Auriac existía una entrada, que no podía llamarse precisamente secreta, pero sí estaba disimulada. Comunicaba con un corto pasillo, al fondo del cual había una escalera y un ascensor. Todo terminaba en un rincón del aparcamiento subterráneo, al que se podía llegar desde la calle en un vehículo.

—Hay demasiado tráfico aquí para poder decir si alguien vino a visitar al doctor D'Auriac. Si observan el movimiento, verán que entran más de cien coches por hora. Cada cual deja el vehículo donde quiere, sale y entra por los accesos automáticos. Sólo se controla cuando sale el coche.

»Piensen ustedes que éste es el centro de París y muchísimas personas acuden aquí a consultar, comprar, vender, y que entran y salen más de dos mil coches diarios.

Jacques Marten comprendió la razón por la cual el doctor D'Auriac llamaba a aquello la entrada secreta.

Regresaron al gabinete psiquiátrico. Guy Andry dijo por el camino:

—Desde luego, la señorita De Lautréamont no pudo causar la muerte del jefe. Eso es incuestionable. Estaba hipnotizada. La hizo volver en sí la enfermera, señorita Odette. Y una persona en estado de hipnosis sólo obedece las instrucciones de su hipnotizador.

»Es inadmisible, por otro lado, el desdoblamiento que parecen pretender algunos informadores sensacionalistas. Una persona no puede convertirse en animal nada más que imaginariamente.

»¿Con qué, cómo o de qué manera causaron la muerte al doctor D'Auriac? Eso es lo más extraño... ¡Y más que extraño, inverosímil!

—Estoy de acuerdo contigo, Guy — dijo Henri —. Hay una gran diferencia entre la dentadura de una muchacha y la de ese presunto monstruo de ochenta dientes, con boca de pez, ojos luminosos y cabellos verdes.

—¿Quién te ha dado esa descripción, Henri?

—Claire de Lautréamont, cuando estuvo a verme en mi gabinete, antes de acudir aquí. ¿Por qué la atendió el doctor D'Auriac?

—No nos lo dijo.

—¿Sabes si solía hipnotizar a sus clientes sin permiso de ellos, Guy?

—No. Que yo sepa, jamás lo había hecho. Y nos lo tenía prohibido.

—¿Es que se puede hipnotizar a una persona sin su autorización o colaboración? —preguntó Jacques Marten.

—No, por supuesto. El hipnotismo se inicia de común acuerdo entre paciente y médico, y es el paciente quien más debe colaborar —habló Henri—. Sin embargo, nosotros, los profesionales, solemos utilizar trucos que ayudan extraordinariamente a conseguir un efecto parecido a la hipnosis, llamado sugestión condicionada, y que consiste en acomodar al paciente y hacerle escuchar determinados ruidos monótonos, música especial con notas de ultrafrecuencia, y palabras que pronunciamos deliberadamente para crear clima.

»No es raro que algunos pacientes se queden dormidos sin darse cuenta, sobre todo si están relajados y el operador es hábil, como indiscutiblemente lo era Charles D'Auriac, el cual debió ver en Claire de Lautréamont lo mismo que creí ver yo, o sea una fuerte impresión alucinatoria, que era preciso desterrar.

»Estoy seguro de que fue así. D'Auriac actuó noblemente, aunque en contra de la voluntad de su paciente. De haber podido actuar, Claire se habría librado de su obsesión.

—Sin embargo — dijo el comisario Marten —, el monstruo surgió y devoró al hipnotizador. ¿Y no pudo salir de la mente inconsciente de la muchacha?

—¡Vamos, comisario; eso es imposible! La ciencia rechaza las materializaciones ectoplásmicas del espiritismo. Pero en el supuesto de que fuesen ciertas esas manifestaciones extraordinarias, jamás un médium ha materializado un monstruo con boca de pez.

—El «monstruo» sólo pudo entrar por esa puerta — terminó Guy Andry, señalando al acceso privado.

—¿Y por qué no por la otra? —preguntó Henri.

— Había cuatro personas esperando, aparte de la señorita Odette —contestó Marten—. Ahora, doctor Luys, vayamos al depósito a recoger el informe pericial. De paso podrá usted examinar el cadáver.

* * *

Por la noche, cuando visitó el hospital psiquiátrico, Henri se sorprendió al saber que Claire de Lautréamont aún no había recobrado el sentido. Acompañado por un médico interno, fue a la salita donde estaba encerrada, y con un agente de guardia en la puerta, comprobando la verdad de la información.

—Hemos tratado de reanimarla, aplicándole el tratamiento adecuado. Pero no reacciona. Parece hallarse en estado cataléptico.

Henri se inclinó sobre Claire y le alzó un párpado, le tomó el pulso y luego consultó el gráfico que había a los pies del lecho.

—¿No le parece raro, doctor Caille?

—Ignoramos la causa de su inconsciencia, doctor Luys. Usted sabe muy bien que hay secretos en la psiquis que tardaremos años o siglos en descubrir. Algún centro nervioso «ha ordenado» la inmovilidad. Ni siquiera reacciona a nuestras sugerencias magnéticas ni a los estímulos narcóticos. Ofrece todos los síntomas de parálisis cerebral.

Henri se estremeció.

—Tengo que salir de viaje esta misma noche, doctor Caille. Procuraré estar de vuelta mañana mismo. No es necesario que le diga el especialísimo interés que tengo por este caso. Hagan por ella todo cuanto sea preciso, pero no fuercen demasiado las cosas. Tal vez, a mi regreso, traiga algún modo de hacerla volver en sí.

El viaje de Henri Luys tenía como destino Lausana, a orillas del lago Leman, Suiza. Se había informado del lugar donde vivía sir Alexander Bramwell y, de acuerdo con el comisario Marten, iba allí a sostener una entrevista médica con él.

Sin embargo, Henri tuvo un encuentro singular en el avión de medianoche, al tomar asiento, porque entre los escasos pasajeros que volaban a Suiza se encontraba Ugo Sganarelle, al que acompañaba un hombre de cierta edad, en cuyas facciones parecía haberse practicado la cirugía plástica.

Debido a que el pasaje era escaso y cada uno de los viajeros podía sentarse donde quisiera, Henri se acercó a los dos hombres y saludó al

conde de Montara.

—¿No me recuerda? Nos hemos visto esta mañana en...

—¡Ah, sí! —exclamó el prometido de Claire, con cierta inquietud —. ¿Es usted de la policía?

—No. Soy psiquíatra. Claire de Lautréamont vino a consultarme antes de visitar al doctor D'Auriac. ¿No les importa que me siente aquí?

—Oh, no. Todo lo contrario. Permítame presentarle al señor Tkamer, Horace Tkamer, empresario teatral.

—Mucho gusto, señor Tkamer —dijo Henri, tendiendo la mano hacia el acompañante del conde de Montara, el cual se la estrechó fláccidamente y con desgana.

—Vamos a Ginebra para un negocio importante, relacionado con el lanzamiento de Celeste Brim — explicó Ugo Sganarelle, como si quisiera convencer a Henri—. Mi presencia allí es necesaria. He venido a París por lo de Claire. La policía me ha dicho que está en un hospital.

—Sí. Acabo de verla.

—¿Cómo está?

—Con sinceridad, su estado me preocupa, señor Sganarelle — confesó Henri—. Es todo este embrollado caso, sin pies ni cabeza.

—¿En qué se ocupa usted? —preguntó Horace Tkamer con marcado acento extranjero, sorprendiendo a Henri.

—Soy médico psiquíatra. Ya se lo he dicho.

—Disculpe al señor Tkamer, doctor —medió Sganarelle—. Conoce poco nuestra lengua occidental. Ha vivido casi siempre en Japón, donde amasó una fortuna en los espectáculos.

—¡Cállese, Sganarelle! — le atajó el enigmático personaje—. He comprendido muy bien y sé lo que es un psiquíatra. Le he preguntado en qué se ocupa ahora. Si no es muy importante, yo podría darle trabajo bien pagado.

Henri no pasó por alto la mirada fugaz que el conde italiano dirigió a su acompañante. Pero en aquel instante les avisaron para que se colocasen los cinturones.

Una vez asegurados en sus asientos, Henri dijo:

—Puede usted visitarme cuando quiera en mi gabinete de la Rué de Jeanne D'Are, señor Tkamer.

—Lo haré seguramente. ¿Cuánto tiempo estará usted en Suiza?

—Un día a lo sumo.

—Perfectamente. Cuando terminemos en Ginebra iremos a París y luego a Londres. Buscaré un momento para visitarle. Me interesa extraordinariamente lo relacionado con la psiquiatría.

—¿Sabe usted algo de telehipnosis, doctor?

Henri sonrió.

—Se referirá usted a las instrucciones posthipnóticas, ¿verdad? El subconsciente recuerda, incluso sin tener noción de ello, la orden que debe ejecutar en determinado momento posthipnótico.

—No, doctor. Me refiero a la hipnosis a distancia.

—Eso es imposible.

—Entonces, ¿no cree usted en el fluido cósmico, que es el lazo de unión entre todas las criaturas del universo?

Henri sacó un paquete de cigarrillos y ofreció a los otros dos, los cuales rehusaron.

—Por favor, señor Tkamer. Usted habla de simples teorías sin confirmación.

—Yo conocí, en el Tibet, un lama que hipnotizaba a distancia, doctor. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Perdón... Mi nombre es Henri Luys.

—¿Y qué opina de la muerte del doctor Charles D'Auriac? En París no se habla de otra cosa. Y si ha colaborado con la policía, puede tener noticias que la prensa no haya publicado.

Era evidente para Henri que Horace Tkamer parecía tener ascendencia sobre el famoso «sportman» y noble italiano, porque éste apenas si despegaba los labios, mientras que su compañero llevaba la voz cantante.

—Sé poco más o menos lo mismo que dice la « ORTF» y la prensa de la noche.

—¿Y el vampiro que ha devorado la garganta del doctor D'Auriac? ¿Pudo haber cometido esa acción la encantadora prometida de Ugo?

—¡Basta, Tkamer! —gritó Ugo—. Eso es absurdo.

—No se altere, señor conde. Somos socios y ahora no hablamos de negocios. En Japón esa muerte sería atribuida a los dragones sagrados. Según la leyenda, solían atacar a sus víctimas en el cuello, después de haberlos hipnotizados con la mirada. ¡Ésa es una buena idea que le brindo a usted, doctor Luys. Por eso le decía lo de la hipnosis a distancia.

»Yo he leído mucho y sé que la hipnosis es un poder que ejercen ciertos animales sobre otros, como las víboras, que miran fijamente a sus víctimas antes de atacarlas. Es el miedo lo que paraliza.

»¿Conoce usted la obra del padre Atanasio Kircher, "Ars magna lucis et umbrae", en la que describe su "experiencia maravillosa"? Le hablo de algo que fue experimentado en 1646. Y sabe usted que el premio Nobel, doctor Charles Richet, en el "Journal de L'Anatomie et de la Physiologie", habló de los excelentes resultados conseguidos en la hipnosis animal.

«¿Cree usted que los ratones de laboratorio se dejan fascinar por el influjo magnético del hombre o simulan estar sometidos a hipnosis para congraciarse con el experimentador?

»Le podría hablar a usted de numerosos casos semejantes. El famoso zoólogo J. H. Fabre hizo tenderse a un rebaño de pavos, cuya rigidez era casi cadavérica, y Lafontaine hipnotizó a un león en el jardín zoológico de Londres.

Henri sonrió y repuso :

—El mundo animal está regido por instintos primarios, señor Tkamer. El hombre abandonó su instinto hace siglos para ahondar en los abismos de la inteligencia, cuyas complejidades nos conducen a casos como el que nos ocupa.

»De todas formas, para haber dedicado su tiempo a las empresas teatrales, parece usted estar al corriente de los secretos de la hipnosis.

Horace Tkamer intentó sonreír.

—Es mi pasatiempo. Y deduzco que no tiene usted interés en informarnos más del caso del doctor D'Auriac. Si tuviera tiempo, me gustaría ayudarles a usted y a la policía. En ese maletín —Tkamer señaló la red para objetos de mano— llevo un libro muy interesante sobre materializaciones demoníacas. Claro que en Occidente no creen ustedes en esas cosas. Yo podría explicarle más de cien casos de seres, dominados por engendros maléficos, que se transforman durante el sueño.

»Y no olvide que mister Jekyll y mister Hyde no fueron una invención de R. L. Stevenson, sino que copió el argumento de una leyenda oriental muy famosa, conocida como la historia del Hombre Lobo.

Henri no pudo ocultar una sonrisa.

—Jamás he oído nada semejante, señor Tkamer.

—Me resulta usted simpático, doctor Luys. ¿Por qué no viene a la fiesta que damos en el «Riviere Hotel» de Ginebra? ¿Conoce usted a Celeste Brim? ¡Ah, es la criatura más maravillosa de este mundo! Me gustaría presentársela. Dentro de unos años será muy famosa. —Horace Tkamer parecía estar dando un giro de ciento ochenta grados. Incluso sus inexpresivas facciones se distendieron, resultando algo más gratas y humanas—. No me impresionan fácilmente las mujeres, lo confieso... ¡Muestre una fotografía de Celeste a nuestro amigo el doctor Luys, Ugo!

Ugo Sganarelle tomó una cartera metálica que tenía junto a sí y la abrió, para sacar varias fotografías publicitarias, que tendió a Henri, quien no pudo ocultar un gesto de admiración.

—¡Extraordinaria muchacha! —exclamó.

—El señor Tkamer sólo invierte sus millones en casos extraordinarios —habló el italiano—. Está seguro de que, a su debido tiempo, Celeste le proporcionará un río de dinero. Para promocionarla ha invertido ya una cifra fabulosa.

—Es muy interesante el mundo del espectáculo — confesó Henri,

admirando las fotografías.

—Y productivo —añadió Tkamer—. Nosotros sacamos de la nada una figura de fama mundial. Utilizo el prestigio del conde de Montara y otras personalidades para exhibir a mi artista por todos los centros más importantes del turismo internacional. Pago reportajes y anuncios publicitarios. Luego obtengo el cincuenta por ciento de todos los ingresos de mi estrella. Y le advierto que cuando ha logrado la fama, se la disputan las más importantes cadenas de televisión mundial, los teatros, el cine y los hoteles más elegantes.

—Comprendo —asintió Henri devolviendo las fotografías —. Debe ser usted un experto psicólogo para no equivocarse.

—¡Jamás me he equivocado! —replicó Tkamer—. Y con usted, doctor Luys, podría hacer lo mismo.

—¿Insinúa que yo puedo convertirme en estrella de fama internacional? —se sorprendió Henri.

—Estrella, precisamente, no. Pero con la adecuada inversión publicitaria puede llegar a ser el más cotizado psicoanalista de Occidente, con ingresos astronómicos. El difunto doctor D'Auriac ganaba cifras fabulosas... ¡Muchísimo más de lo que usted pueda suponer!

Henri volvió a sonreír divertidamente.

—Me halaga usted, señor Tkamer. Y sé que tiene razón. Pero yo no aceptaría, repartir la mitad de mis beneficios con nadie. Prefiero hacerme un nombre por mí mismo. Soy más científico que comerciante. En realidad, el dinero no me tienta. Existen valores más importantes en la vida.

CAPÍTULO V

Henri encontró a sir Alexander Bramwell al borde mismo de la muerte, atacado de convulsiones, jadeos agónicos, pronunciando frases incoherentes y con una absoluta ausencia de inteligencia, como si el mal que le aquejaba, y que le había dejado en los huesos, tuviera su origen en el cerebro.

Desde luego, Henri Luys no había visto jamás un enfermo como aquél. Insistió con los criados y ante la enfermera suiza que le atendían, y tuvo que explicar la situación en que se hallaba Claire de Lautréamont, en el inicio de una dolencia semejante y que él debía atender, para que le dejaran pasar a la habitación donde yacía el enfermo, tendido en un lecho desde el que se dominaba casi toda la panorámica del bello paisaje que circundaba el lago.

Sir Alexander Bramwell parecía una momia donde alentaba aún un hálito de vida, con sus enjutas manos extendidas a lo largo del cuerpo y con los ojos hundidos en un rostro seco, huesudo y cadavérico.

— La enfermedad le va consumiendo por dentro... Es una especie inclasificada de anemia y su organismo no reacciona a ninguna clase de tratamientos — explicó la enfermera.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Tres meses, doctor Luys. Pero la crisis se ha agudizado muy rápidamente en las últimas semanas.

—¿No reconoce a nadie?

La enfermera negó con la cabeza.

Henri se acercó al lecho y se inclinó sobre el enfermo.

—Sir Alexander, ¿puede usted oírme?

El enfermo no contestó, pero agitó débilmente la mano derecha.

—Soy el doctor Luys, de París. He venido a verle porque la señorita De Lautréamont también está enferma.

—Claire — musitó el enfermo con voz apenas audible.

—¡Sí, Claire; está enferma, como usted! —exclamó Henri, alentado por aquella contestación.

Incluso la enfermera quedó sorprendida.

—No esperaba que dijera nada.

—Escúcheme, por favor. Claire está en peligro... Fue a ver a un psiquíatra de París, el cual resultó muerto a consecuencia de una horrible herida en la garganta...

—El monstruo... Ataca... Lo sé... Nada puede hacerse.

Henri vio los ojos hundidos del enfermo fijos en él. Parecía brillar en ellos un débil fulgor inteligente.

—¿Cómo puede ser que sufra usted la misma pesadilla que Claire? ¿Qué es ese monstruo?

—No quieren… expedición… Marte… Son muy podero…

Sir Alexander se crispó de pronto, surgió un gorgoteo de su garganta y su cabeza se ladeó.

La enfermera se inclinó sobre él para tomarle el pulso. Pero Henri ya sabía la verdad por instinto. Sir Alexander Bramwell acababa de expirar.

Sin embargo, antes tuvo la lucidez suficiente para pronunciar unas palabras, cuyo significado tenía perplejo a Henri. Estaba seguro de que el moribundo, al saber que estaba allí para tratar de ayudar a Claire, quiso decirle algo y sucumbió en el esfuerzo.

¿Se podía deducir de aquellas palabras que existía alguien responsable de su muerte, y que el propósito era impedir la expedición a Marte?

¿Qué había querido expresar el moribundo?

«No quieren expedición Marte. Son muy podero…» Además, había dicho que el monstruo atacaba y nada podía hacerse contra ello. ¿Murió sir Alexander sabiendo la verdad?

Henri estaba desconcertado. Había viajado desde París sin excesiva confianza en el éxito de su investigación. Y los resultados eran más extraños aún, sugiriéndole un cúmulo de impresiones insospechadas.

Llegó a pensar si no habría detrás de todo aquello un grupo de personas que maquinaban para impedir el progreso. Había organismos privados que clamaban contra los enormes dispendios que ocasionaba la exploración espacial. Uno de estos grupos, la «Sociedad Natural de Amigos de los Animales», con sede en Estados Unidos, no cesaba de clamar a todos los vientos que los cuantiosos presupuestos de la investigación interplanetaria deberían invertirse en mejorar las condiciones de vida de pueblos atrasados, evitar la polución atmosférica y la contaminación y ayudar a la conservación de la Naturaleza.

Todos los miembros de dicha asociación invertían más dinero en hacerse oír que en descontaminar las aguas. Entre ellos habían verdaderos fanáticos que ignoraban las ventajas futuras de las exploraciones espaciales, habida cuenta de que los problemas del planeta Tierra, tal vez, pudieran tener solución algún día, precisamente gracias al conocimiento adquirido en la exploración espacial.

La humanidad no podía atenderlo todo. La polución y la contaminación atmosféricas eran problemas contra los que se luchaba desde hacía años, pero a juicio de aquellos activistas ciudadanos de la joven América, no se hacía bastante y pedían que antes de iniciar la conquista de otros mundos, se arreglasen las condiciones ambientales de éste, pero no únicamente en el estricto sentido natural, del agua, el suelo y el aire, sino en un orden político, socioeconómico, religioso,

filosófico y técnico.

Henri se preguntaba si aquellos grupos, como en todas las facciones humanas, no contarían con ultraactivistas, apoyados por el poderío económico de la sociedad, capaces de recurrir a métodos siniestros y delictivos para obtener el logro de sus fines.

No era insensato suponer tal cosa. En Nevada (Estados Unidos), uno de tales fanáticos, tiempo atrás, como no obtenía apoyo oficial para preservar los bosques de Yosemite, ahuyentando a los turistas que tanto daño causaban a los árboles, optó por el drástico método de prenderle fuego a todo y quemar más de cien mil hectáreas de bosque. Después se ahorcó, dejando una nota en la que acusaba a toda la humanidad.

Todo ello no eran más que cábalas y él no tenía derecho alguno a formular conjeturas aventuradas. Pero sí, antes de regresar a París, exigió a las autoridades médicas de la localidad que efectuaran una autopsia exhaustiva al cadáver de sir Alexander Bramwell, para dictaminar las verdaderas causas de su muerte.

Henri alegó que la policía de París formularía la correspondiente petición, dado que, probablemente, la muerte de sir Alexander estaba relacionada con el asesinato del doctor Charles D'Auriac.

Una vez hecho esto, Henri tomó el avión y regresó a la capital de Francia, en cuyo aeropuerto le estaban esperando el comisario Jacques Marten y el médico legal, Victor Billain.

* * *

—Desde luego, hay algo raro en todo esto —comentó Marten, mientras tomaban café en el restaurante del aeropuerto—. Claire de Lautramont no vuelve en sí del estado inconsciente en que se halla, mientras la situación se hace más complicada con la muerte de sir Alexander y el empeoramiento de los otros cuatro altos cargos del Proyecto Marte.

»Ahora, sólo nos faltaba saber, por boca del finado jefe del Departamento Interplanetario, que alguien, con mucho poder, no quiere la expedición a Marte.

»Y lo que más me desconcierta, es la increíble muerte del doctor D'Auriac, quien nada tiene que ver con este asunto, salvo que todo gire en torno a Claire de Lautréamont, en cuyo caso, los conspiradores actuaron de modo rápido y certero, por miedo a ser descubiertos.

»¡Y todo el secreto está en la mente de Claire!

—Estoy absolutamente de acuerdo con usted, comisario — replicó Henri—, Aunque parezca extraño, eso parece ser el motivo principal del caso. Y es evidente que, para nosotros, Claire de Lautréamont posee un valor excepcional.

—Que no servirá de nada si de la inconsciencia pasa a la muerte y

no podemos someterla a tratamiento hipnótico — apuntó Billain.

—¿Qué opina usted de todo esto, doctor Luys? ¿Ha formado ya sus hipótesis? —preguntó Marten.

Henri denegó con la cabeza.

—Me han metido ustedes en este asunto confiando en mis conocimientos psicológicos y psiquiátricos. Pero nos encontramos con algo que se escapa a los conocimientos actuales de la ciencia.

»He reflexionado durante el viaje y comprendo que toda la ayuda que puedan ustedes obtener será poca. Yo podría ser práctico y dejarles en el atolladero, para que Dios les ilumine. Pero, instintivamente, me atrae el enigma del caso, me reta lo desconocido y debo una reparación a la señorita de Lautréamont por no haber hecho por ella lo que era mi deber, cuando vino a visitarme.

—Además — señaló Billain —, recibió cincuenta mil francos por su trabajo.

—No —recusó Henri—. Quisieron dármelos, pero no los acepto. Se los devolveré a su dueña cuando esté en condiciones de recibirlos... Si es que llega ese momento. ¿Qué saben de los otros cuatro personajes importantes del Proyecto «Marte»?

—Están en las mismas condiciones que estaban. Tememos que empeoren y acaben como sir Alexander.

—Con lo cual, el proyecto habrá de ser suspendido.

—¡No!—negó Marten enérgicamente—. El Departamento Interplanetario seguirá adelante. Será preciso buscar elementos nuevos. Una empresa de tanta envergadura no puede ser abandonada porque alguien conspire criminalmente contra ella. De eso nos cuidaremos nosotros.

»Los científicos americanos y soviéticos que colaboran con nosotros en la expedición, en vista de lo ocurrido, nos dejarán a un lado y continuarán solos el trabajo. Pero en la fecha prevista, habrán de ser lanzadas las naves espaciales.

—Seamos cautos, comisario —advirtió Henri—. Si hay intereses importantes que pretenden malograr la expedición, conviene ir con pies de plomo o las consecuencias podrían ser desastrosas. Se ha empezado, a lo que parece, por decapitar a los técnicos del proyecto. No me extrañaría nada que luego fueran más enérgicos con el equipo y las tripulaciones.

—¿Y qué sugiere que podemos hacer?

—Buscar entre los que puedan tener interés en que ese viaje no se realice. Hay mucho campo para la investigación en ese terreno. Yo, mientras, buscaré el modo de hacer volver en sí a la señorita Claire de Lautréamont. Tengo algunas ideas que pueden dar resultado.

»Y hay algo más... —Henri vaciló antes de proseguir.

—¿De qué se trata? —preguntó Marten.

—Estaba pensando en el prometido de la señorita de Lautréamont, el conde de Montara. Colabora con un individuo singular, llamado Horace Tkamer, que dice ser japonés, y cuyas actividades son la promoción de artistas internacionales.

»Los encontré en el viaje de ida a Suiza. Hablamos del caso y el señor Tkamer posee ideas muy inquietantes sobre hipnosis animal.

Marten y Billain se consultaron con la mirada.

—¿Cree usted que Ugo Sganarelle puede tener algo que ver con esto?

—No lo sé. Pero no estaría de más tratar de averiguar algo. Ese famoso «sportman», ayudado por Claire de Lautréamont, hizo el viaje a Marte, hace dos años.

—Nos ocuparemos de ellos.

—Ahora están en Ginebra, presentando a una fascinadora belleza de la canción —dijo Henri—. Pero luego vendrán aquí. El señor Tkamer insinuó que yo podía interesarle y, posiblemente, venga a visitarme.

Jacques Marten tomó nota en su agenda. Luego, se levantaron, pagaron la cuenta y se dirigieron a donde tenían un automóvil oficial.

* * *

Claire de Lautréamont continuaba sumida en un extraño letargo. El doctor Caille, que acompañó de nuevo a Henri, mencionó las distintas pruebas a que habían sometido a la paciente, sin resultado alguno.

—Por mi parte, voy a tratar de comprobar si su estado obedece a una inhibición psíquica, para lo que utilizaré un método de «shock» narcoanalítico.

Henri venía preparado al efecto. Y en presencia del doctor Caille, después de examinar a la inconsciente Claire, procedió a inyectarle en el brazo un fármaco que sólo un médico psiquíatra se atrevería a utilizar.

A los pocos minutos, la paciente empezó a sufrir contracciones.

—Su cerebro trata de actuar; sin embargo, ignoro si a nivel consciente o subconsciente — dijo Henri, en voz baja—. Pero ya es algo. La dosis no es excesiva.

El doctor Caille tomó el pulso a Claire y musitó:

—Parece que se acelera.

—Conviene fluidez en el riego sanguíneo del cerebro — diciendo esto, Henri se inclinó sobre el oído de Claire—. Es posible que pueda usted oírme, señorita de Lautréamont. De ser así, trate de manifestar de algún modo que me escucha y me comprende.

Ella no dio señales de haber oído y Henri insistió:

—Debe esforzarse... Queremos ayudarla... Está usted en una situación apurada... La droga que le he inyectado debe facilitar su

comprensión y estimular sus reflejos. Si la causa que motiva su inmovilidad es muy fuerte, sé que su mente tiene recursos para contrarrestarla... Usted sólo tiene que indicar, moviendo un dedo, con los ojos, o simplemente moviendo los labios, que me escucha.

Nada más terminar de decir esto, Henry creyó percibir una débil contracción en los párpados de la enferma.

—¿Ha visto usted, doctor Caille? ¡Creo que me ha comprendido! ¡Por favor, señorita de Lautréamont! ¡Intente mover los párpados!

Al cabo de unos segundos, la contracción se manifestó de forma más clara.

—¿No puede abrir los ojos? ¡Haga un esfuerzo!

Claire sólo agitó débilmente los nervios de los párpados. Pero esto fue suficiente para Henri, quien dijo:

—He captado su señal. Voy a hacerle unas preguntas. En caso afirmativo, no haga usted ningún movimiento. Sólo mueva los párpados para negar. ¿Me ha comprendido?

Claire no hizo ningún movimiento.

—Escuche atentamente. Quiero ayudarla y tiene que colaborar conmigo. ¿Sabe usted que el doctor D'Auriac ha muerto?

La joven agitó brevemente los párpados.

—Tuvo una muerte terrible, seccionada la garganta por un monstruo con boca de pez... ¿Es alguien que usted conoce?

De nuevo, con mayor alteración, se movieron los párpados de la paciente.

—¿Qué fuerza mental la tiene dominada? ¿La conoce?

Reiterada negación.

—¿No puede recobrar el sentido?

En esta ocasión, Claire no agitó los párpados. Henri temió haber perdido el contacto con ella, e insistió:

—Si ha entendido mi pregunta, mueva los párpados.

Claire obedeció, confirmando la comprensión. En vista de ello, Henri decidió seguir insistiendo:

—Escúcheme atentamente: Voy a procurar vencer la resistencia de su mente. Tiene usted que ayudarme. No quiero causarle daño alguno. Pero si se esfuerza un poco, conseguiré hacerla volver en sí... Por favor, doctor Caille, déme la jeringuilla. Voy a inyectar otra dosis.

El médico interno pareció dudar. Pero obedeció inmediatamente, mientras Henri, inclinado sobre Claire, preguntaba:

—¿Mató usted al doctor D'Auriac?

Claire agitó los párpados brevemente... ¡Y luego movió negativamente la cabeza, a la vez que surgía un jadeo de su garganta!

—Estamos avanzando rápidamente, doctor Caille — habló Henri—. Si Dios me ayuda, voy a conseguir que vuelva en sí. Creo que ella tiene tanto interés como nosotros.

Se apresuró a inyectar de nuevo a Claire otra dosis del mismo fármaco anterior. Luego, sujetó la mandíbula de Claire, sacudiéndola a derecha e izquierda, mientras decía, casi gritando:

—¡Trate usted de oponer resistencia! ¿No puede?

Claire movió los párpados. Y Henri creyó ver sus pupilas azules.

La animó diciendo:

—¡Despierte, por el amor de Dios! ¡No hay razón para que se deje dominar de ese modo! ¡Trate de hablar! ¡Diga algo!

Mientras apremiaba de este modo, Henri Luys sintió como si ella quisiera oponerse al movimiento de su cabeza. Y de nuevo volvió a surgir un jadeo ahogado de su garganta. Se movieron sus labios y se crisparon las manos.

—¡Ya casi lo consigue! —habló el doctor Caille, excitado.

Efectivamente, estimulada por la droga, Claire de Lautréamont se contrajo de súbito. Y un grito penetrante surgió con fuerza de su garganta:

—¡Auxilio!

Henri la sujetó por los hombros. Vio los ojos de Claire abiertos, mirándole con infinito terror. Sonrió y musitó:

—Cálmese... Creo que lo hemos conseguido... Ahora se someterá usted a mi voluntad... Deseo ayudarla.

—¡Morirá usted como el doctor D'Auriac! — exclamó Claire.

—Gracias, Señor —murmuró Henri, henchido de alegría —. Esto era lo que me proponía. No tenga miedo por mí. ¿Sabe usted cómo murió el doctor D'Auriac?

Claire denegó enérgicamente con la cabeza. Estaba como transfigurada, con las facciones desencajadas, como presa de una intensa lucha interior, pero se esforzó en decir:

—No sé lo que me ocurre... Es como si alguien me tuviera dominada... Siento una presencia bestial en mi mente... ¡Me retienen fuerzas desconocidas! ¡Ayúdeme usted!

Henri dijo:

—Tranquilícese. No la abandonaré. No se deje vencer por nada. La ayudaré a librarse de sus enemigos. Hemos ganado la primera batalla. Lograré mantenerla despierta con ayuda del estimulante que le he dado. Luego, sondearé su mente y la libraré del mal que la domina.

Ella sollozó:

—Sí... ayúdeme usted... ¡Líbreme de ese monstruo extraterrestre!

—Tranquilícese — dijo Henri—. No sabemos cuál es el poder que la tiene presa a usted, pero confíe en que haremos todo lo imposible por ayudarla a liberarse de él.

Claire lanzó un suspiro.

Luego miró a los dos hombres y susurró:

—No podrán hacer nada. Ese poder...

Se interrumpió, jadeante.

El doctor Caille la apremió, con dulzura:

—Siga, por favor. ¿Qué es lo que quería decirnos sobre ese poder?

Claire continuó:

—No sé lo que es… Pero… ¡Yo traté de resistirme con todas mis fuerzas, y al final tuve que rendirme! ¡Estoy perdida!

Henri comprendió que debían de tratar de calmar aquella excitación nerviosa.

Con energía, le mandó:

—No piense ya más en ello. Ahora recuéstese tranquila y no tema nada. Aquí está segura. Nadie puede hacerle ningún mal…

—¡Eso no es cierto! Su poder puede llegar hasta aquí! ¡Es un poder que llega a todas partes!

A pesar de él mismo, Henri, al oír aquellas palabras, sintió un leve escalofrío recorrerle la espalda.

CAPÍTULO VI

Henri tuvo interés en que Claire comiera en abundancia. Él mismo la ayudó a incorporarse en el lecho, mientras el doctor Caille iba a la cocina, a pesar de lo intempestivo de la hora, para obtener leche, carne, pan, mermelada y fruta. Regresó a los diez minutos, trayendo un carrito de mano con varios platos.

—Ahora comerá usted, Claire. Es importante que lo haga. Su organismo está muy debilitado por el ayuno. Necesito que se normalicen sus funciones fisiológicas.

Claire asintió. Estaba como aturdida, sintiendo un fuerte zumbido en la cabeza. Pero comió, al principio sin apetito y después con normalidad.

Mientras, Henri, sentado al borde del lecho, le hablaba:

—El doctor D'Auriac cometió un error al hipnotizarla. Posiblemente, como yo creí al principio, creyó que se trataba de una simple alucinación pasajera. La causa, empero, es mucho más honda.

»Puedo decirle que el estado hipnótico es como una inmersión en el subconsciente, pero hay centros vitales de la mente que siguen despiertos, vigilantes. Por ello, usted, aunque no lo recuerde, presenció la muerte del doctor D'Auriac. Fue testigo de lo ocurrido en el gabinete de consulta del doctor D'Auriac.

»Yo puedo hipnotizarla y averiguar lo que ocurrió. ¿Me comprende usted?

—Creo que fue algo... terrible. .

—Diabólico —admitió Henri—. Y usted es otra de las víctimas. Ya he formado una hipótesis que no me atrevo a exponer por considerarla extraordinaria. Sin embargo, dado el cariz que ofrece este caso, todo cuanto en él ocurre es de naturaleza extraordinaria.

»Debo informarle que su vida está en peligro. No se alarme. Tanto la policía como yo tratamos de ayudarla. Cometí un grave error al no hacerlo cuando llegó a mi consulta... ¡Ah, el dinero! ¿Por qué dejó el sobre y se fue?

—Tenía que pagarle sus honorarios. Sabía que su situación no era muy desahogada. Me informé sobre usted antes de ir a verle.

—Le devolveré su dinero. Lo he guardado para dárselo.

—¡Ya lo ha ganado usted, después de lo que ha hecho! ¡Es suyo!

—No, mis honorarios no son tan elevados como los del doctor D'Auriac. Pero dejemos eso. Voy a darle una mala noticia. No se altere. Yo impediré que le ocurra a usted lo mismo.

—¿Qué noticia es?

—Fui a ver al señor Bramwell... Murió en mi presencia.

Claire no pudo contener un sollozo.

—¡Pobre sir Alexander!

—Tengo la impresión de que la causa de su muerte ha sido su abandono en la lucha contra la obsesión que alguien ha introducido en su mente.

»Creo que fue sugestionado para que él mismo debilitara su organismo. He comprobado que los cinco enfermos que padecen el mismo mal son hombres de cierta edad. El más viejo era sir Alexander. El más joven es el doctor Peuckert, y su estado no es tan grave.

—¿Y yo?

—Usted es diferente, Claire. Usted ha luchado contra esa debilidad, oponiéndose con todas sus fuerzas. Incluso ha tratado de hallar el antídoto, recurriendo primero a mí y luego al doctor D'Auriac. Por esa razón la han sometido a tratamiento cataléptico, del cual la he sacado con ayuda de su enorme fuerza de voluntad.

»No me cabe duda de que D'Auriac habría encontrado la causa de su mal hurgando en su subconsciente. Por eso lo mataron.

—¡Sí, estoy segura! ¡Y le matarán a usted también si trata de profundizar en mi subconsciente; lo sé!

Henri sonrió:

—Lo haré, pero a su debido tiempo. Ignoro qué lazos la unen a usted con el responsable de todo lo ocurrido. Y no creo divagar al afirmar que los supongo de origen extraordinario, tal vez procedentes de otro mundo, donde la ciencia todavía no ha penetrado.

»Imagino que ese poder telehipnótico tiene relación con el planeta Marte. Alguien quiere impedir, por todos los medios, que la expedición del año próximo se realice. ¿Comprende? Por eso han empezado a eliminar a las personas de mayor jerarquía dentro del proyecto.

—Sí, temo que sí —admitió Claire—. Algo vino de allí cuando regresaron los expedicionarios del «Tierra XX».

—¡Algo horrible y monstruoso, de enorme poder mental y propósitos archicriminales! — exclamó Henri secamente.

Claire de Lautréamont dejó de comer y pareció concentrar su mirada en el hosco semblante de Henri.

—Yo estoy segura de todo eso, doctor Luys. Y no comprendo cómo un hombre joven e inteligente como usted se propone luchar contra fuerzas que se escapan al control de los conocimientos humanos.

—No sólo me propongo luchar, sino que movilizaré todos los organismos oficiales de la Tierra, advirtiéndoles del peligro que corre la humanidad, para que los que entorpecen nuestra tarea de progreso sean desenmascarados y neutralizados.

»Por otra parte, sé que todo cuanto pasa por su mente, señorita De Lautréamont, es captado por el ser que dominaba su cerebro. Ese dominio va a desaparecer. Le digo esto porque en alguna región de su

encéfalo existe una emisora de ondas magnéticas, a través de las cuales nuestros enemigos escuchan cuanto le digo.

»Ahora, saben que poseemos medios químicos para apartarla a usted de su influencia. Creo que la dejarán en paz y se lanzarán sobre mí, como buitres, para anularme como hicieron con Charles D'Auriac. Pero no me importa, porque el comisario Marten está enterado de todo y actuará en consecuencia.

—Cambiarán de planes —habló Claire, como dejándose llevar por el instinto, sin que el valor de sus palabras surgiera de ella misma.

—Estoy seguro de que así será —contestó Henri—. Estaré preparado.

* * *

Al día siguiente, en su gabinete de la Rué de Jeanne D'Are, Henri recibió la visita de una muchacha maravillosa, cuya imagen había visto ya en la prensa gráfica y en las fotografías que le mostró Ugo Sganarelle, durante el vuelo a Suiza.

Henri, con aplomo, la invitó a pasar.

—No la esperaba a usted, señorita Brim.

—Me envía el señor Tkamer — dijo la sinuosa y fascinante criatura —. Está seguro de que llegaremos a un acuerdo.

—¿Acuerdo? —fingió sorprenderse Henri, indicando a Celeste el asiento reclinable.

La joven del cabello plateado vestía un precioso traje de hilo metálico, de color verde, falda muy corta, y un cinto dorado. De su hombro colgaba un bolso y calzaba botas transparentes de polivinilo poroso.

Al sentarse y cruzar sus bonitas piernas, dijo:

—Parece usted un hombre inteligente y sagaz. El señor Tkamer está seguro de obtener su ayuda. Me ha dicho que ponga usted el precio.

—¿Qué ayuda necesita el señor Tkamer?

Celeste sacudió alegremente su cabeza. Sus ojos verde mar parecieron reír.

—No bromee, doctor Luys. ¿Quiere un millón de francos?

—¡Hura, hermosa cantidad! ¿Quién es usted?

—¿Yo? ¡Oh, trabajo para el señor Tkamer! Seré una figura internacional de renombre. Poseo un cuerpo agradable... ¡Horace Tkamer es muy poderoso!

—¿Sabe el señor Tkamer que puede ser detenido por la muerte de Charles D'Auriac?

—¿Qué me dice usted? —exclamó Celeste, visiblemente sorprendida—. ¡El señor Tkamer no es capaz de matar a nadie!

—Posiblemente, no fuera él quien mató directamente al doctor

D'Auriac... ¡Pero tengo motivos para creer que él provocó o instigó esa muerte!

—Puedo ofrecerle cinco millones de francos, doctor Luys.

Henri atajó a la bella con un gesto, replicando:

—El señor Tkamer ha elegido buena embajadora. Y la oferta no puede ser más tentadora. Hace unos días, antes de saber que existen seres capaces de hipnotizar a distancia, habría aceptado mucho menos, tal vez a cambio de mucho más.

»Hoy he adquirido una nueva conciencia, que podemos llamar humana. Desconozco la realidad de todo lo que se oculta detrás del señor Tkamer, pero sé que sería infiel a mí mismo si accediera a silenciar lo que empiezo a intuir.

»Mi vida no importa en absoluto, como no importan las de las personas involucradas en este asunto. No importa que hayan muerto una o dos personas, ni que después muera media humanidad. Si ese ser es capaz de vencer al hombre, Dios lo habrá querido así.

»El "hombre" somos todos los seres de este planeta, señorita Brim. Ignoro si usted forma parte de esa humanidad a la que yo represento, o si es un ser misterioso y desconocido, llegado de las misteriosas galerías marcianas.

«Horace Tkamer no es de este mundo, ¿verdad? Llegó aquí para impedir que nuestros investigadores descubran en Marte los secretos que él quiere guardar.

»Todo es pura especulación, hipótesis. Pero me fundamento en todo esto para deducir que ese ser no posee toda la fuerza que supone, que no es un ser extraordinariamente superior, aunque sí inteligente y con poder mental y económico.

—No le comprendo a usted, doctor Luys —dijo Celeste Brim—. No entiendo lo que quiere decir.

—No importa. Usted es una simple intermediaria, como debe serlo también Ugo Sganarelle. Pero Horace Tkamer y yo nos comprendemos. Debe ser una experiencia desagradable para él comprobar que existen cerebros humanos a los que no es fácil dominar. Mis conocimientos psíquicos se oponen a los suyos, que no dudo son altamente superiores.

»Tkamer y yo sólo podemos dialogar a nivel hipnótico. Creí que esto no era posible, pero me he convencido de lo contrario. En eso me aventaja, lo confieso. Pero sé controlar mis neuronas de modo que su penetración es débil.

»No, señorita Brim; no acepto ese dinero. Quiero hacer como los jugadores honrados, que ponen sus cartas boca arriba. Él tendrá poderosas razones para hacer lo que ha hecho, y hasta cabría justificarle si es cuestión de supervivencia.

»Pero nadie puede oponerse al destino natural de la corriente

humana. Es preciso admitir que nada, excepto el exterminio masivo de la humanidad, puede impedir que nuestras naves lleguen a Marte. Y si hay algo que ver allí, tarde o temprano lo descubriremos.

»Todo lo que se haga para tratar de impedir eso es inútil y la corriente humana no puede ser interceptada. A lo más, demorada… Sí, le capto perfectamente, señor Tkamer. Y usted me escucha.

Celeste Brim, muy seria, abrió el bolso que colgaba de su hombro y depositó sobre la mesa, delante de Henri, un objeto metálico y plano, como un libro, en cuyo centro había un óvalo que iluminó interiormente, permitiendo ver aparecer las facciones de Horace Tkamer, muy graves.

Era como un pequeño televisor de bolsillo.

Henri miró a Celeste, cuyo semblante se había hecho impenetrable. Luego, se inclinó sobre la sorprendente placa visora.

—¿Prefiere el diálogo directo, señor Tkamer?

—Sí, doctor Luys — dijo la pequeña figura de la placa—. Dejémonos de rodeos. Cuando le conocí, en el avión de Ginebra, intuí que no iba a ser tan fácil tratar con usted como con los otros. Admito mi error, pero no mi fracaso.

»¿Qué le parecen veinte millones de francos por su colaboración?

—Desista. El dinero no puede comprarme.

—¿Quiere que le elimine?

—No me importa. Hay muchos millones de seres como yo en la Tierra. ¿Por qué trata usted de impedir que volvamos a Marte?

El inexpresivo semblante que aparecía en la pantalla en miniatura pareció alterarse.

—¿No trataría usted de impedir la invasión de la Tierra, si supiera que hombre de otro planeta se disponen a instalarse aquí?

—Sí, eso haría. Pero antes intentaría entablar el diálogo.

—¡No hay diálogo posible! ¡He sido enviado aquí para lograr que las naves terrestres no vuelvan a mi planeta!

Henri no se inmutó lo más mínimo.

—Se ha equivocado de método, Tkamer. Una entrevista con los presidentes de las tres potencias federales de la Tierra hubiese dado mejor resultado que tratar de interceptar un engranaje científico. ¿Tanto teme nuestra presencia en Marte?

»En exploraciones previas hemos creído que Marte estaba desierto. ¿De dónde ha salido usted?

—No divague, doctor Luys. Hace muchos años que vivo en Marte. Poseemos una cultura muy superior a la de ustedes. Pero las condiciones ambientales del exterior del planeta nos obligaron a buscar refugio en el subsuelo. Lo mismo les ocurrirá a ustedes con el transcurso inexorable del tiempo.

»¡No queremos que venga nadie a turbar nuestra calma milenaria!

—¿Quiere usted que le facilite una entrevista con los presidentes de...?

—¡No! Tengo poder suficiente para anularlos a todos, incluyéndole a usted.

—Serénese, señor Tkamer. Creo que se está excitando. ¿Por qué no viene a verme y hablamos cordialmente uno frente a otro? Nuestra capacidad de diálogo es ilimitada. Con sus superiores conocimientos y lo poco que yo pueda aportar, para solucionar el problema, tal vez podamos entendernos.

—No. Estoy fuera de París. Sé que el comisario Marten está indagando en torno a mí y a Ugo. Por eso he de adoptar precauciones. Celeste nos ha servido de enlace. Tenía la esperanza de convencerle con dinero.

—El dinero no me tienta. Pero insisto en que podemos llegar a un entendimiento. Y pienso que si usted ha venido a la Tierra, ¿por qué no podemos ir nosotros a Marte?

Tkamer no respondió en el acto. Lo hizo al cabo de unos segundos de vacilación.

—Voy a decirle algo, doctor Luys. Es la primera concesión que hago. «Argho» ha sido un mundo para nosotros bastante inclemente. Siglos atrás, cuando vivían mis antepasados, era maravilloso en todo, de clima suave y agradable.

» Entonces vivían en "Argho" algunos cientos de millones de seres, de aspecto parecido al de ustedes, aunque de cráneo más voluminoso. Cuando la naturaleza empezó a morir, nosotros debíamos morir con ella. Se había cumplido el ciclo vital y los "arghos" empezaron a morir con su mundo, de forma que se fueron reduciendo lentamente, hasta que nací yo, hijo de padres casi estériles. Un caso aislado y esporádico.

«Ahora somos unos millares de "arghos" en nuestras ciudades subterráneas. Estamos luchando por sobrevivir, dedicamos todo nuestro esfuerzo, mental y físico, para seguir aferrados al suelo de nuestros antepasados. Este dramático combate contra la naturaleza aún puede durar algunos siglos más. Entonces, todo habrá terminado. Sucumbiremos, porque la existencia de una raza es como la de los seres individuales, y todo quedará desierto, a merced de la curiosidad de los arqueólogos extranjeros que lleguen a desenterrar nuestra cultura.

«Nosotros ya no nos opondremos a la visita de nadie. Habremos fallecido. Y no nos importará que ustedes, por ejemplo, hereden nuestra cultura perdida.

»Pero nos oponemos firmemente y con todas nuestras fuerzas a que nadie venga a presenciar nuestra agonía. ¿Me comprende? Es orgullo y dignidad de raza moribunda.

—¿Por qué mueren? —preguntó Henri, emocionado.

—Por ley natural. Nos ha llegado la hora. Podíamos haber intentado efectuar un cruce racial, pero somos demasiado altivos para ello. Mezclar nuestra vieja sangre con la de ustedes, por ejemplo, pudo dar resultado, pues poseemos facilidad para la adaptación morfológica.

¡Durante muchos años, nuestras naves han visitado secretamente este planeta, aunque no hemos podido impedir que se nos vea, y hasta hemos llevado indígenas a «Argho», para realizar experiencias.

»Al final, decidimos resignarnos a sucumbir. Aceptada la fatalidad, nos hemos dedicado a poner en orden nuestro legado cultural, de suerte que alguna vez ustedes puedan heredarnos, si antes no llegan seres extragalácticos, pues sabemos de mundos que están en condiciones de efectuar viajes siderales.

»Pero no contamos con su rápido desarrollo. Habíamos calculado que ustedes estarían en condiciones de llegar a "Argho" para dentro de cien años. Se han anticipado y eso nos contraría.

«Trato de dificultar los próximos vuelos a mi planeta. Estoy en mi derecho y así me fue ordenado. Sé que no puedo acabar con todos ustedes para impedirlo... ¡Pero, si fuera preciso, eliminaré a todos los científicos del Proyecto "Marte"!

—Es inútil, señor Tkamer. Creo que es posible, dadas las circunstancias, que seamos nosotros los que desistamos voluntariamente de volver allí. Pero nuestros gobiernos deben conocer la verdad.

—¡No! Estudié esa posibilidad y la rechacé. Sé muy bien lo que iba a ocurrir. Me mentirían, me harían promesas que nadie cumpliría y precipitaría la invasión total de «Argho», porque en la condición de ustedes hay ese principio inalterable de infamante codicia que causaría nuestra destrucción.

»Y nosotros queremos desaparecer en paz, no luchando. Sólo yo estoy capacitado para destruir todo lo que se oponga al propósito que me anima... ¡E incluso usted morirá, doctor Luys!

CAPÍTULO VII

Los labios carnosos de Celeste Brim estaban tentadoramente cerca de los suyos. Y el verde marino de sus ojos le miraban acariciadoramente.

Henri comprendió de modo instintivo que Horace Tkamer estaba dispuesto a emplear todos los procedimientos que su increíble mente era capaz de concebir. Y Celeste era un arma capaz de rendir a un ejército.

Consiguió apartarla de su lado, diciendo:

—No, querida. Tu jefe es muy sutil y refinado. Pero ni todo el oro del mundo, ni la mujer más bella, pueden doblegar mi voluntad.

—¿Eres de piedra, Henri? —preguntó Celeste.

Henri señaló la placa visora, de donde había desaparecido la imagen del inquietante extraterrestre.

—Vete y llévate eso. Dile a tu amo que no podrá impedirme ir al Parlamento Federal Europeo y exponer el caso al presidente Robles. ¡Jamás traicionaré a mi raza!

Al decir esto, Henri sintió como un chasquido dentro del cerebro. Se tambaleó, apoyándose en la mesa. Instintivamente, comprendió que Tkamer utilizaba contra él métodos de inducción magnética a distancia. Se lo indicó su sexto sentido.

—Si me mata, la policía actuará por mí... ¡Sólo tiene una posibilidad, Tkamer! ¡Confía en la honradez de nuestros gobernantes! ¡Déjate de violencias!

La sacudida, algo así como un fuerte pinchazo, se repitió. Entre las brumas del dolor, Henri vio a Celeste tomar la placa visora, guardarla en el bolso y retroceder hacia la puerta.

No hizo nada por impedirle la huida. La angustia le dominaba. Quiso sobreponerse al dolor y se inclinó sobre el teléfono, descolgó el auricular y marcó un número.

Un tercer chasquido le hizo doblarse espasmódicamente y caer sobre la mesa. Pero en aquel momento, a través del auricular, escuchó una voz que decía:

—Prefectura de Policía de París, ¿qué desea?

—Por favor... Soy el doctor Henri Luys... Avisen al comisario Marten... Estoy en mi consultorio.

El infortunado Henri no pudo seguir hablando. Sintió como si se desgarrara algo dentro de su cerebro y la oscuridad le envolvió totalmente. Luego, su cuerpo se desplomó, arrastrando consigo el teléfono.

Se recobró horas después, mientras el comisario Marten le sostenía la cabeza debajo del grifo del lavabo.

—¡Vamos, despierte, doctor! —exclamaba el comisario—. Eh, Max, sujétale… ¿Por qué no viene ese estúpido agente con el hielo?

—¿Cree usted que es fácil encontrar hielo, comisario?

—¡Le he dicho que vaya al bar más próximo!

Henri se estremeció. Estaba empapado de agua y sentía náuseas. Pero pudo articular unas palabras:

—Creo que… ya estoy… algo mejor.

—¡Eh, doctor! ¿Cómo se encuentra?

Henri se enderezó. El lavabo y las personas que le rodeaban parecían confusos. Se frotó las sienes, sacudió la cabeza y, poco a poco, las brumas se disiparon. Fue entonces cuando Henri vio que su despacho estaba invadido por la policía.

—¡Vaya, llegó usted a tiempo!

—Venga y siéntese, doctor Luys —rogó Marten, sonriendo—. Me dieron su aviso algo tarde. Pero llegamos a tiempo.

—¿Qué hora es?

—Las dos.

—He estado más de tres horas sin sentido — murmuró Henri, saliendo del lavabo y dejándose caer luego en una butaca.

—¿Qué le sucedió, doctor?

—Haga usted despejar el despacho y se lo contaré… Si ese individuo me lo permite.

—¿Qué individuo?

—El sujeto de quien le hablé… Horace Tkamer. Capté sus influjos mentales.

Jacques Marten hizo una seña a sus hombres y todos salieron, cerrando la puerta.

—¿Y bien, doctor Luys?

—Es un marciano.

—¿Eh?

—Un ser extraordinario, perteneciente a una civilización superior a la nuestra.

—¿Es eso posible?

—Trataron de comprarme ofreciéndome todos los millones que quisiera… Siéntese ahí, comisario. Póngase cómodo. Va a escuchar la historia más sorprendente de su vida.

Henri observó que el comisario Marten se sentaba con cierta rigidez, a la vez que sus facciones se endurecían. Instintivamente, se puso en guardia, mirando de reojo hacia la puerta.

—Será mejor que entre alguno de sus hombres.

—No — respondió Marten secamente—. Hable usted… Cuéntemelo todo.

—Ese individuo posee un poder mental capaz de enviar influjos magnéticos a distancia. Me ha dicho que es miembro de una raza casi

extinguida, que vive en el subsuelo de Marte, y que su propósito es impedirnos volver allá, para lo cual está dispuesto a emplear todo su poder contra los científicos del Proyecto «Marte»... ¿Me escucha usted, comisario?

Marten se había vuelto extrañamente rígido y miraba con fijeza ante sí.

—Le escuchó, doctor. Continúe.

—Parece como...

Henri vio que la mano de Marten se introducía bajo la chaqueta, hacia la axila derecha. Inmediatamente, se lanzó hacia delante para impedir al comisario extraer el arma. El encuentro de su cabeza contra el pecho del otro fue violentísimo. Marten gimió y trató de levantarse, pero Henri le sujetó el brazo, a la vez que gritaba:

—¡Auxilio! ¡Vengan aquí, pronto!

La puerta se abrió y entraron varios agentes, que se precipitaron hacia los dos hombres, para sujetar a Henri, el cual añadió:

—¡Quiere matarme! ¡Le ha dominado!

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó un agente.

De pronto, Jacques Marten se contrajo, como asaltado por un intenso dolor, lanzó un grito y trató de apoyarse en uno de sus subalternos, mientras los otros retiraban a Henri sin muchos miramientos.

Pero el comisario no perdió el sentido, sino que se rehízo pronto. Al incorporarse, blanco como la cera, se pasó la mano por el rostro y preguntó:

—¿He querido matarle, doctor Luys?

—Sí. Trató de sacar la pistola. Yo me anticipé.

—Entiendo. Me estaba usted hablando de Horace Tkamer... ¡Y, de pronto, sin saber por qué, sentí un imperioso e ineludible deseo de sacar el arma y matarle!

—¡Le fue ordenado por telepatía hipnótica, comisario!

—¿Cómo es posible eso?

—Se trata de un individuo con extraordinarios poderes mentales. Parece que también quiso anularme a mí. Pero tropieza con serias dificultades, cuando se trata de cerebros jóvenes. Lo averigüé con Claire de Lautréamont.

Marten, sacudiendo todavía la cabeza, sacó una pistola automática de la funda axilar y se la entregó a uno de los agentes.

—Toma, Max. Procura que no pueda utilizar esto contra el doctor Luys... Hay fuerzas magnéticas flotando en el aire que trastornan a uno. —Se volvió hacia los hombres que aún sujetaban a Henri y les ordenó —: Soltarle. Es colaborador nuestro. Pero no os vayáis. Hemos de proteger la vida del doctor, incluso contra nosotros mismos. ¿Me habéis comprendido?

Los agentes asintieron.

* * *

Ugo Sganarelle estaba en un coche cerrado, cerca del edificio donde Henri y Luys tenía el consultorio. Cuando llegó Celeste Brim y abrió la portezuela, el«sportman» puso el motor en marcha. La hermosa muchacha se sentó a su lado y dijo:

—Vámonos, Ugo... No sé lo que ocurre con ese joven psiquíatra... Ha tenido el jefe que hablar con él a través del visor plano.

Ugo se despegó de la acera y condujo con maestría hacia la Place de la Gare, para luego torcer por la Rué Charcot.

—Yo lo hubiera arreglado con los puños. ¿Por qué tantas contemplaciones con él? ¡Horace debería aplicarle el «cepo», como hizo con el otro!

—Hay algo que nosotros no entendemos, Ugo. Y no me gusta nada lo que estamos haciendo. Ese médico psiquíatra ha dicho cosas terribles. Y lo peor ha sido que Horace le ha dicho la verdad.

—¿Qué le ha dicho?

—Será mejor que no hablemos, Ugo. Ni siquiera tenemos la posibilidad de escapar. Estamos atrapados.

—¡Pero bien pagados, Celeste! Ni siquiera hace falta que seas famosa. Con el dinero y las piedras que te ha regalado, si todo termina bien, puedes vivir el resto de tus días en la opulencia.

—Estoy asustada, Ugo.

—Ten serenidad. Nosotros no intervenimos en lo del doctor D'Auriac. Fue él quien lo hizo todo. Creo que, en el peor de los casos, podemos decir que hemos actuado dominados por su poder magnético.

—¿Es que no es cierto?

—Sí, pero también por dinero. Todo esto vale muchos francos.

Celeste se volvió a mirarle.

—¿Y si vamos y se lo contamos todo a la policía?

—¿Y destruir la gallina de los huevos de oro? ¡No digas sandeces, criatura! Lo que sí podríamos tratar de conseguir es la caja metálica, donde guarda las piedras preciosas. Si podemos echarle mano... Bueno, tal vez pudiéramos meterle algunas balas en ¿I cerebro, antes de que pueda dominarnos.

—¿Qué estás diciendo, Ugo?

—Es un enemigo de nuestra raza, ¿o no?

—¡Ni lo pienses, Ugo! Prefiero más obedecerle hasta el fin. Presiento que no es malo.

—¡Lo que es capaz de hacer con las ondas magnéticas que surgen de su mente me estremece! — masculló Ugo—. Me dijo que Claire no sufriría daño. Pero está en un hospital psiquiátrico, sin conocimiento.

—Yo sé dónde tiene la caja de las piedras, Ugo.

El aludido se volvió a mirar a su compañera y estuvo a punto de colisionar con otro vehículo que se había detenido delante del suyo. Evitó el choque y se detuvo.

—¿Dónde las tiene?

—En el «Zurich Bank», de Ginebra. Pero sólo él puede sacarlas.

Ugo frunció el ceño.

—Si supieran esos suizos lo que tienen allí, no dormirían tranquilos. ¡Vale varios billones de francos!

Continuaron el camino en silencio durante un rato. Se dirigían hacia las afueras de la ciudad, pero ignoraban que un coche les venía siguiendo desde hacía rato. Se trataba de un vehículo azul, deportivo, en donde viajaban dos agentes de la Sureté Nacional. Pero a la salida de París, el deportivo azul fue relevado por otro coche blanco, aerodinámico, que conducía una pareja, hombre y mujer. La radio de onda corta comunicaba a los agentes con la central de tráfico. Se habían puesto a los mejores agentes en seguimiento de Ugo Sganarelle.

Por desgracia, alguien velaba por la seguridad de sus enlaces. Y Horace Tkamer, cuando supo que el coche de Ugo era seguido, actuó a distancia, enviando una onda que actuó fatalmente sobre el cerebro del agente que conducía el coche de la policía, el cual fue a estrellarse violentamente contra un poste de alumbrado.

Una hora después, ignorando lo que había ocurrido detrás de ellos, Ugo Sganarelle y Celeste Brim penetraban en los terrenos de un lujoso y moderno edificio, en cuya entrada había un guarda que les franqueó el paso.

Luego, por una carretera asfaltada y rodeada de árboles, se dirigieron hasta un edificio de dos plantas, que antes había pertenecido a un importante banquero francés.

Dejaron el coche al cuidado de un sirviente y entraron en el edificio. Un criado les abrió la puerta, diciéndoles:

—El señor les espera en el salón.

A través del amplio y moderno vestíbulo, la pareja se dirigió al salón. Llamaron a la puerta y la voz de Horace Tkamer les indicó que podían pasar.

El hombre de «Argho» estaba sentado en una amplia butaca de piel azul. Vestía pantalón y camisa y llevaba sobre la cabeza unos curiosos auriculares metálicos provistos de cortas antenas.

Su inexpresivo semblante no se alteró cuando entró la pareja.

—La policía te venía siguiendo, Ugo —dijo Tkamer.

El «sportman» se sorprendió.

—¿Por qué?

—El doctor Luys los ha puesto sobre aviso.

—¿Y vendrán aquí?
—No. He provocado un accidente. Nadie sabe dónde estamos. Pero la conducta de ese psiquíatra me preocupa. Voy a tratar de eliminarle por todos los medios.
Celeste Brim se sentó en otra butaca, frente al marciano, y empezó a abrir su bolso de mano, de donde sacó el televisor en miniatura, que dejó sobre una mesita. Luego, encendió un cigarrillo.
—Hice cuanto usted me dijo, señor Tkamer.
—Lo sé, pequeña. Pero ese tipo no es como los demás. Y quisiera saber la razón. No tiene un franco. Está endeudado, pero es altivo como un «argho».
—Estaba segura de poder fascinarle —dijo Celeste.
—Lo he comprendido después. Y lo siento por ti, Ugo. El doctor Luys está enamorado de Claire de Lautréamont.
—¿Eh? —exclamó Ugo Sganarelle, sorprendido.
—He tenido ocasión de escudriñar su cerebro. Le causó honda impresión la visita que le hizo Claire. Por ella se ha metido en este asunto y mis advertencias no le han asustado.
»Es un hombre peculiar, un pensador profundo. No se ha extrañado en absoluto al conocer mi existencia y mi origen. Posee aplomo y seguridad.
—Le advertí que tuviera cuidado con él… ¡Sucio y pestilente mequetrefe! ¡Si vuelve a ver a Claire, seré yo quien le aplique el «cepo» al cuello!
—Tal vez sea necesario. Creo que puedo sujetarle. Ahora mismo yace sin sentido en el suelo de su despacho. He sacudido algunos centros nerviosos de su mente. Pero ha llamado a la policía, la cual acudirá de un momento a otro.
»— ¿Sabes lo que me ha propuesto, Ugo?
—¿Qué?
—Una entrevista con el presidente Roble.
—¡Eso es un disparate! —masculló Ugo—. Será usted sometido al reconocimiento de todos los biólogos del mundo. Le convertirán en un conejillo de Indias y no sacarán nada en claro… ¡Está usted muy por encima de todos nosotros!
—Sí, eso creía, Ugo —replicó Tkamer—. Pero empiezo a convencerme de que no es completamente cierto. Vosotros sois muy complejos y no actuáis todos con una misma lógica.
—En esencia, todos somos iguales —repuso Ugo.
Celeste Brim, fumando distraídamente, observó:
—Tomó usted demasiado en serio lo que le contó Ugo, señor Tkamer.
Ugo se volvió a la joven, con el ceño fruncido.
—¿Qué quieres insinuar, guapa?

—No insinúo nada. El señor Tkamer ya nos conoce a todos muy bien. Sabe que yo no soy más que fachada y que mi cabeza está hueca. Pero también sabe que a ti te interesa más el dinero que ser fiel a su causa.

—No hablemos de eso —replicó Tkamer secamente—. Nadie puede engañarme. Necesito a Ugo y él me necesita a mí. Yo estoy dispuesto a satisfacer todas sus necesidades y dejarle una fortuna cuando vuelva a «Argho». Todo lo demás es un compromiso adquirido entre ambos.

—¿Qué te propones, estúpida? —preguntó Ugo.

—Estoy diciendo la verdad. No me fiaría de ti, ni aunque te tuviera controlado mentalmente.

—¡Basta de discusiones! —atajó Tkamer—. Sé muy bien quiénes sois los dos. Ninguno puede traicionarme. Mis órdenes son éstas: de momento, dejaremos el asunto de la publicidad de Celeste. Ese subterfugio no nos sirve, estando Henri Luys enterado de todo, y en contacto con la policía francesa.

»Hemos de eliminar al doctor Luys. Y para ello voy a tratar de que sea la misma policía quien le mate. Luego tendré que confundir las mentes de esos funcionarios del orden para que lo dejen todo como está.

—¿Y Claire? —preguntó Ugo.

—Debes renunciar a ella. Su fortuna no te interesa, Ugo. Conmigo ganarás mucho más. Por otra parte, tú no eres hombre para vivir siempre al lado de una sola mujer, ni lo serás nunca por mucho que te esfuerces.

—¡Yo quiero a Claire!

—No. Sólo la deseas. Una vez sea tu esposa, la dejarás para correr en pos de otras aventuras. Ésa es tu débil condición. Y temo que Claire de Lautréamont lo sepa.

»Mi propósito es separar a esa chica del Departamento Interplanetario. Deseo que pase algún tiempo en el hospital psiquiátrico y luego se retire a las propiedades de su familia, en Bretaña.

»Si no fuera por Henri Luys, todo el asunto estaría solucionado. Los principales científicos del «Proyecto Marte» están a mi merced, y la serie de naves jamás será lanzada al espacio.

»Sólo me inquieta ese doctor Luys…

CAPÍTULO VIII

Henri Luys pasó dos días, en compañía de una pequeña montaña de libros, encerrado en una cabina antimagnética, en el interior del Instituto de Física Nuclear. Tenía allí unas docenas de bocadillos, tres termos de café y cigarrillos. A veces descansaba sobre un colchón hinchable.

Durante todo aquel tiempo, Henri estuvo vigilado, desde afuera, a través de un circuito de televisión, por dos agentes de la Sureté Nacional, puestos por el comisario Marten.

Los libros le sirvieron para aprender propiedades magnéticas que desconocía y que, con inteligencia, supo aplicar a la psicoanalogía. Poco a poco penetró en los misteriosos dominios del magnetismo mental, hasta que tropezó con un tratado, obra de un científico soviético, cuya lectura le apasionó.

Inmediatamente llamó por teléfono al despacho de uno de los componentes de la junta de Energía Física y Nuclear.

— Señor Labrun, me urge conseguir un modulador de resistencia magnética.

—¿Un qué? —preguntó el otro, sorprendido, por teléfono.

—Tengo aquí la obra de Koslov, «Magnetismo físico». El modulador de resistencia magnética aparece descrito en la página 40. Principalmente me interesa uno de esos aparatos para crear un campo magnético de emisión continua.

—Hablaré con el profesor Charonne. Creo que él puede informarle mejor.

—Hágalo usted cuanto antes, señor Lebrun. Esperaré su llamada.

Henri continuó repasando sus libros. Horas después le volvieron a llamar, informándole que el profesor Charonne pondría a su disposición lo que había pedido.

Más tarde, Jacques Marten también le llamó para decirle:

—Hemos organizado una batida monumental en toda la región del Marne. Pero hasta el momento no hemos logrado nada. Ni Ugo Sganarelle, ni Celeste Brim, ni el coche que emplearon. Por supuesto, tampoco hay nada de Horace Tkamer.

—Sigan buscando, comisario. Han de estar en alguna parte. Son gente que gusta de vivir en sitios elegantes. Poseen mucho dinero y no reparan en gastos.

—Lo tenemos en cuenta. ¿Cuándo va a terminar esos estudios?

—Pronto, comisario. Tal vez salga de aquí hoy mismo.

—No lo haga sin avisar a mis hombres. Le daré una escolta como la del presidente.

—Gracias, comisario. Pero creo que no será necesario. Lo que sí necesitaré será una pistola de esas nuevas, paralizantes. Temo que

Tkamer haga todo lo posible por llegar hasta mí. Y quiero estar prevenido.

—Haré que se la envíen ahora mismo. Un técnico le explicará su funcionamiento.

Marten cumplió su palabra. A primeras horas de la noche, la compuerta de la cabina antimagnética se abrió y penetraron cinco hombres de la policía. Uno de ellos entregó a Henri una funda axilar, con sus correspondientes correas, y una pistola electrónica, provista de un cargador neutrónico, de gran poder vibratorio.

—El seguro está en la empuñadura, como un arma corriente. Al presionar la culata, se conecta el circuito —explicó el técnico a Henri —. Luego sólo tiene usted que oprimir el gatillo con el índice y presionar al mismo tiempo la placa roja. Si lo hace así se producirá el disparo vibrante, cuya potencia es de dos mil voltios. El que reciba la descarga quedará paralizado más de dos horas. Posee usted carga para veinte disparos de medio segundo.

—Es suficiente, gracias — respondió Henri —. Preferiría no tener que utilizaría. Pero si llega el caso, mucho temo que las armas convencionales no me sirvan para nada. O mucho me equivoco, o nuestro enemigo es capaz de detener las balas blindadas en el aire.

Los agentes quedaron boquiabiertos al oír esto. Luego salieron dejando a Henri equipado con su arma, que escondió debajo de la chaqueta azul que llevaba.

La entrevista con el profesor Charonne también se efectuó en presencia de cuatro agentes de la policía. El hombre de ciencia llegó con un maletín de plástico azul, que dejó sobre la mesa de Henri. Estrecho la mano del joven psiquíatra y procedió a introducir una llavecita dorada en la cerradura.

—Aquí está el modulador de resistencia magnética, doctor Luys. El señor Labrun me ha rogado, encarecidamente, que no le haga preguntas. Sólo he de explicarle el funcionamiento del aparato, que es muy sencillo. Basta con mover esta clavija, así, y ya tiene usted un campo antimagnético completo, de mayor intensidad que el de esta cabina, y que le protegerá dondequiera que se encuentre... ¡Ni la más potente onda magnética podrá cruzar la barrera!

—Gracias, profesor Charonne. Le prometo darle una explicación a su debido tiempo. Ahora me es imposible.

—Comprendo. Y respeto su integridad, poniéndome por entero a su servicio... Vea que puede llevar cerrado el maletín. El campo antimagnético continuará protegiéndole.

—¿Qué duración tienen las pilas?

—Son de cadmio-240, autorregeneradoras. No se preocupe. Tienen carga para varios años. Este sistema lo inventó Wladimir Koslov para la protección portátil contra los campos de interacciones magnéticas.

Sirve también para detectar ondas magnéticas débiles.

—¿Como las que produce el cerebro humano? — preguntó Henri.

El profesor Charonne sonrió ampliamente.

—Todavía no estamos muy seguros de eso, doctor Luys. Sí, el cerebro emite radiaciones magnéticas, pero son tan débiles que no se pueden registrar con esto.

—Gracias. Es suficiente. Creo que ya estoy en condiciones de salir de aquí. ¿Quieren avisar al comisario Marten?

Llevando el maletín azul en la mano izquierda y seguido de una docena de agentes de policía, Henri Luys penetró en el hospital psiquiátrico donde se encontraba internada Claire de Lautréamont. El doctor Caille y otro colega salieron a recibirles, quedándose sorprendidos del gran despliegue de fuerza pública que daba escolta a Henri.

—¿Qué significa esto, doctor Luys? —preguntó Caille.

—Medidas de seguridad, amigo mío. ¿Cómo está la señorita De Lautréamont?

—Muy bien. No ha vuelto a sufrir ninguna recaída. La he autorizado a levantarse. Está en su habitación.

Efectivamente, vestida con una bata de color rosa, de fina tela, Claire estaba sentada en una butaca, delante de la amplia ventana de su cuarto. Henri entró solo y dejó el maletín sobre el lecho, para estrechar la mano de ella.

Claire se alegró mucho de ver a Henri.

—¡Oh, cuántas ganas tenía de volverle a ver, doctor Luys!

—Puede llamarme Henri, señorita De Lautréamont.

—De acuerdo. A cambio de que usted me llame Claire. ¿Quiere sentarse?

Henri tomó asiento delante de ella. La miró sonriente, y manifestó:

—La encuentro muy mejorada.

—No he vuelto a sentir ninguna pesadilla.

—Mientras yo esté aquí, con ese maletín, nadie podrá turbarla.

—¿Qué es eso?

—Un emisor de ondas antimagnéticas. No se preocupe. Ahora, hablemos de usted. ¿Está dispuesta a someterse a hipnosis?

—Sí, Henri.

—Bien. Relájese y no oponga resistencia. Será mejor que hablemos como buenos amigos. Así, poco a poco, sin darse cuenta, entrará usted en trance.

—Me voy a sentir indefensa.

—No tema. Soy su amigo.

—Lo sé.

Henri sonrió y se inclinó sobre Claire, rozándole las manos que ella había abandonado sobre el regazo.

—Piense en que se encuentra bien y que tiene deseos de dormir... ¿Verdad que empiezan a cerrársele los párpados?

Claire sonrió.

—Habla usted en un tono tan persuasivo, doctor Luys.

—Tiene sueño y se encuentra muy cómoda, tranquila, sosegada. No piense en nada más que eso... Duerma, por favor... Así, suavemente, con languidez... Repita conmigo: «Tengo sueño... Quiero dormir...»

—Tengo sueño... Quiero dormir...

Henri entornó los ojos y Claire hizo lo mismo. Un instante después la joven se hallaba en trance ligero de hipnotismo. Henri lo comprendió y musitó :

—Ahora, levante la mano derecha a la altura de la cabeza.

Claire obedeció.

—Quédese así un rato... Duerma profundamente... ¿Sabe usted quién soy yo?

—Sí. El doctor Henri Luys.

—Muy bien. Levántese, sin bajar la mano, vaya hacia la puerta y luego vuelva a sentarse. Ahora está usted profundamente dormida.

Claire obedeció maquinalmente. Se levantó, sin bajar el brazo, y caminó hacia la puerta como un sonámbulo. Después se volvió y regresó. Henri la ayudó a sentarse, y dijo:

—Quédese así, tranquila. Voy a llamar al doctor Caille. Deseo que presencie esta sesión. Cuando sepa que no ha estado a solas conmigo, se sentirá más tranquila.

Efectivamente, Henri abrió la puerta e hizo entrar al doctor Caille, que esperaba afuera. El visitante se sentó sobre el lecho, sin despegar los labios, mirando hacia la paciente.

—Escúcheme, Claire. Ahora está profundamente dormida, pero puede escucharme y responder a mis preguntas. Primero, quiero explicarle lo que yo creo que ha ocurrido con usted.

»Un ser de otro mundo, de poderosa inteligencia, la ha hipnotizado por medios telepáticos. Para él es fácil concentrarse en determinada persona y hacerle sufrir alucinaciones monstruosas. Es evidente que, en caso de que alguien opusiera resistencia a sus influencias, era capaz de matar.

»Para ello, con el fin de impresionar aún más, creo que disponía de una especie de tenaza dentada, algo así como los cepos que se emplean para cazar animales. Esa tenaza tiene forma de boca de pez. ¿Me comprende, Claire?

—Sí, le comprendo perfectamente, doctor Luys.

—Bien. Esto es una hipótesis sin confirmar. Pero no cabe otra explicación. Ese ser no es malo, según nuestro modo de ver. Él actúa de acuerdo con su propia moralidad. No es de este mundo, sino que

vivía en Marte.

»Allí debió conocer a su prometido, el conde de Montara, al que sugestionó, haciéndole su cómplice. Ugo Sganarelle le ha ayudado a venir a la Tierra y a instalarse. Ambos fingen dedicarse a empresas de promoción artística. La chica que actualmente pretenden promocionar, llamada Celeste Brim, también es su cómplice.

—¿Por qué hace Ugo eso? —preguntó Claire, con voz débil.

—Creo que no puede evitarlo. Pero también puede ser que le mueva el interés.

—¡Eso sería odioso!

—Yo no quiero influir en usted para que desprecie a su prometido. No piense usted en eso. Pero mucho me temo que cuando la policía averigüe la verdad, se encuentren a su novio comprometido con Horace Tkamer.

—¿Cómo ha dicho?

—Horace Tkamer es el nombre que ha adoptado ese ser procedente de Marte, cuyo cerebro es prodigioso y capaz de hipnotizar a distancia. Sospecho también que no se trata de un ser como nosotros, pero ha debido modificar su estructura orgánica para poder moverse en nuestro mundo, dado que su rostro posee aspecto de haber sido creado artificialmente.

»Esto es todo lo que sabemos de ese individuo. Las razones que le inducen a boicotear el «Proyecto Marte», según él mismo me ha comunicado, por medio de un televisor en miniatura de su enlace, la señorita Brim, parecen ser importantes. Su raza, agonizante, vive refugiada en el subsuelo de Marte. Tratan de sobrevivir, pero saben que están condenados, por imposibilidad de reproducirse.

»Deben poseer una cultura extraordinaria. Tkamer afirma que han venido muchas veces a nuestro planeta, tratando de buscar solución a sus problemas, y, al parecer, no lo han logrado.

»No quieren que vayamos a explorar su mundo.

A tal fin, él trata de disuadirnos y creo que es capaz de inducirnos a una consunción interna que nos provocaría la muerte, como en el caso de sir Alexander Bramwell.

»Al parecer, su poder es mayor en las personas de edad avanzada. Nuestros cerebros jóvenes ofrecen cierta resistencia a su telehipnosis, como lo prueba el hecho de no haber podido dominarla a usted por completo, ni a mí tampoco.

»Intentó inducir al comisario Marten a que disparase su pistola contra mí. Por fortuna, adiviné su propósito y pude impedirlo, sujetando al comisario.

»Por otra parte, la policía les está buscando por todo el territorio. El coche conducido por Ugo Sganarelle era seguido por agentes especiales, pero la pista se perdió cuando un vehículo oficial sufrió un

accidente de tráfico que suponemos fue provocado por Tkamer.

»Esto es todo lo que sabemos del caso. Me interesa mucho que esté usted enterada también, porque cuando se despierte va a volver inmediatamente al Departamento Interplanetario, donde redactará usted un informe completo dirigido al Parlamento.

»Yo seré testigo de todo, así como el comisario Jacques Marten y el médico legal, Víctor Billain.

»Usted despertará dentro de unos momentos y recordará todo lo que le he dicho. Pero, especialmente, no debe usted sentir terror de nada. Horace Tkamer y sus métodos telehipnóticos no le causarán a usted ninguna inquietud.

»No le oculto tampoco el grave peligro que corre. Quiero que sea consciente de que Tkamer, luchando desesperadamente contra el «Proyecto Marte», tratará, por todos los medios, de impedir que usted cumpla con su deber.

»Pensará que la Policía Francesa y la Federación Europea la apoyan. Es preciso que el Parlamento Federal sepa lo que está ocurriendo. Esto desarmará a Tkamer, el cual no podrá luchar contra todo el mundo.

»En tal caso, creo que se avendrá a conferenciar con el Presidente. ¿Lo ha comprendido usted todo, Claire?

—Sí, muy bien.

—¿Tiene miedo?

—No, ninguno. Estoy muy tranquila.

—Perfectamente. Permanecerá usted así y volverá a Estrasburgo, donde realizará su trabajo con honradez y normalidad. Ya no volverán las alucinaciones… ¡Rechace usted toda sugerencia exterior! Sólo hará aquello que esté en su norma de conducta.

»Ya conoce las causas que originan estos trastornos y piense que, aunque insólitas, no son extraordinarias. ¿De acuerdo?

—Sí.

—¿Quiere hacerme alguna pregunta?

—No. Lo he comprendido todo.

—Entonces, cuente hasta tres y despierte. No quedará en usted ninguna influencia posthipnótica… Vamos, cuente hasta tres y despierte.

—Uno… dos… tres.

Claire de Lautréamont abrió los ojos y miró fijamente a Henri, el cual estaba sonriente ante ella. Luego miró al asombrado doctor Caille.

—¿Cómo se siente, Claire?

—¿Era preciso decirme todo eso en estado de hipnosis?

—Sí, era preciso. ¿Lo recuerda todo? — preguntó Henri—. He actuado así porque el estado de vigilia no es adecuado para recibir

cierto tipo de impresión fuerte. El subconsciente posee más dominio sobre la mente. Siento haberle tenido que decir lo del conde de Montara.

—¡Creo que Ugo es tan inocente como yo! —exclamó la joven con calor.

—Eso lo averiguará la policía. Sin embargo, usted sabe muy bien que su prometido es un tipo psíquico inestable. Esta clase de hombres no suelen ser buenos maridos.

—Gracias de todos modos, Henri. Ha sido usted muy bueno conmigo. ¿Puedo volver ya a Estrasburgo?

—Sí. El doctor Caille le dará el alta. Puede salir en cuanto se arregle. Víctor Billain y un grupo de agentes especiales la acompañarán.

—¿Cuándo volveré a verle, Henri? —preguntó Claire, al ver que él se acercaba a tomar el maletín azul.

—No lo sé. Ahora tengo que colaborar con la policía en la captura de Tkamer.

—¡No cometa imprudencias! ¡Usted es médico, no detective!

Henri sonrió.

—Le agradezco mucho el interés que se toma por mí, Claire. Espero verla pronto en el Departamento Interplanetario.

—¿Cree que el «Proyecto Marte» debe continuar? ¿Qué opina usted al respecto?

—Lo siento. No soy el más indicado para tomar partido en ese asunto. Creo que es algo que debe solucionar el Parlamento. Usted haga el informe… ¡Yo trato de respetar el derecho de una raza a morir en paz! Pero no debemos desatender nuestro programa espacial. Nosotros no estamos muriendo, sino empezando a vivir cósmicamente.

CAPÍTULO IX

—No puede salir nadie al exterior — dijo Horace Tkamer—. Ni siquiera durante la noche. Hay helicópteros de la policía husmeando por todas partes. Sé que utilizan proyectores de infrarrojos.

»Los criados ya saben lo que tienen que decir. Nosotros permaneceremos aquí. Y si las cosas se pusieran difíciles, huiremos en la astronave que guardo en el hangar.

Ugo sabía que Tkamer había llegado a la Tierra, procedente de Marte, a bordo de un platillo lenticular, de cinco metros de diámetro, propulsado por antimagnetismo, pero provisto de cuatro pequeños reactores protónicos, cuya posesión habría cambiado el curso de las ciencias terrestres.

Estaban cenando los tres, Tkamer, Ugo y Celeste, en el suntuoso comedor de la finca. Los criados iban y venían silenciosamente.

El pescado, que tanto agradaba a Tkamer, se había consumido en abundancia, así como la fruta y la verdura, pues de estos alimentos el hombre de «Argho» carecía en su mundo.

También escanciaron excelente vino francés, mientras Tkamer hacía planes para el futuro que concernían al bienestar de todos.

—La policía cree que esta finca pertenece aún al banquero Morain. Yo la compré con esa condición. El contrato fue privado. Ese hombre es sagaz y sabe lo que le conviene; por tanto, no dirá nada. Si la policía viene aquí, la servidumbre le dirá que vaya a ver a Morain a París, No registrarán. Pero si lo hicieran, no nos encontrarían.

—¿Y si encuentran el platillo? —preguntó Ugo.

—No registrarán. Yo los disuadiré. Lo que me preocupa ahora es el doctor Luys. No logro detectarle. Es un sujeto muy sagaz y sabe demasiado. Tengo la sospecha de que ha logrado aislarse por medio de algún campo de fuerza antimagnético. Es el único modo para no llegar hasta su cerebro.

Celeste alzó los ojos al techo artesonado y escuchó.

—¡Otro helicóptero, señor Tkamer!

—Sí, lo he oído. No hay cuidado. Creo que será mejor que os retiréis a descansar. Mañana quiero que vayáis a París.

—¿Ir a París con toda la policía buscándonos? — se escandalizó Ugo.

—No iréis así, sino hábilmente disfrazados y por caminos distintos. Pero de eso ya hablaremos mañana. Voy un rato al salón. Utilizaré las antenas a ver si capto algo en alguna parte. Me extraña el silencio de Henri Luys.

Horace Tkamer se levantó y se dirigió hacia el salón. Ugo y Celeste no se movieron hasta que el otro hubo dejado el comedor.

—Salgamos a la terraza, Celeste —propuso Ugo, que parecía un tanto nervioso—. Ahora que está con centrado, creo que es el momento de que hablemos tú y yo con franqueza.

Celeste se levantó. Ambos salieron a la terraza que había al lado opuesto del edificio, lejos de donde se encontraba el extraño personaje.

Allí, en la penumbra, bajo un sotechado de hiedra, Ugo tomó de los brazos a Celeste y la atrajo hacia sí.

—¿Qué haces? —preguntó ella con voz trémula.

—Quiero que sepas que me gustas, Celeste. Pero también debes saber que el negocio con Tkamer empieza a preocuparme. Si seguimos con él, mañana podemos estar encarcelados.

—Yo pienso decir que estoy dominada por él.

—Y yo también. Pero falta saber si eso lo creerá la policía. Hemos de huir, Celeste. Podemos tomar un coche y trasladarnos a Suiza. Si llevamos la llave y los comprobantes de Tkamer, lograremos obtener los brillantes.

—¿Qué estás diciendo? ¿Piensas apoderarte de los documentos que lleva encima siempre? ¡Es capaz de matarte!

—Escucha, Celeste. He pensado en sorprenderlo... Tengo un medio. Pero tienes que ayudarme.

—¿Cómo?

—Escúchame bien...

* * *

Tkamer alzó la cabeza cuando apareció Celeste.

—¿Puedo hablar con usted un momento, señor Tkamer? —preguntó ella desde la puerta.

—Sí, pasa. ¿Qué quieres?

—He pensado que podríamos irnos esta noche misma a los Estados Unidos. Con el platíbolo, ¿comprende? Tengo un nefasto presentimiento.

Celeste se acercó a donde estaba sentado Tkamer, el cual se despojó de los auriculares que llevaba puestos, para poder estudiar mejor a la muchacha, en cuya mente creyó captar la inquietud.

Pero Celeste sólo pretendía captar enteramente la atención del hombre de «Argho» durante unos instantes, para que Ugo Sganarelle pudiera actuar desde la puerta, donde surgió, inesperadamente, armado con una antigua ballesta que había tomado del vestíbulo.

La saeta, disparada certeramente, hendió el aire y fue a hundirse con violencia en el pecho de Tkamer, quien lanzó un rugido de dolor y se puso en pie.

Celeste retrocedió aterrada al ver a Tkamer agarrar la saeta y arrancársela de un tirón. Sangre roja surgió de la herida.

Pero Ugo Sganarelle no había confiado demasiado en una simple saeta. Si actuó así fue para desarmar momentáneamente a Tkamer. Su finalidad era otra. Y la realizó, entrando impetuosamente en el salón y alzando la ballesta.

Tkamer, herido, no pudo evitar el alevoso ataque.

El arco de la ballesta cayó sobre la cabeza del alienígena, quien se tambaleó bajo el tremendo golpe del traidor. Una, dos y tres veces repitió Ugo el golpe, hasta lograr derribar a su víctima.

— ¡Cierra la puerta, Celeste! —apremió Ugo.

La joven, sintiendo temblar todo su cuerpo, obedeció, corriendo hacia la entrada, mientras Ugo, inclinándose sobre el caído Tkamer, parecía dispuesto a seguir golpeando hasta el exterminio total.

Sin embargo, la víctima, sangrando abundantemente por el pecho y la cabeza, no se movía de la posición en que había caído. En torno a él, el charco de sangre se iba extendiendo por momentos.

Ugo Sganarelle, no sin cierta repugnancia, observó que la sangre de aquel cuerpo no poseía la viscosidad de la sangre humana. Parecía más oscura y acuosa,

—¡Acaba de una vez! — le apremió Celeste.

Ugo registró el cuerpo y sacó del interior de sus ropas un estuche con dos bolsillos exteriores, donde llevaba Tkamer sus documentos falsos. Los mismos que él, Ugo Sganarelle, le consiguió de una banda de falsificadores japoneses, tiempo atrás.

Encontró también el billetero, donde tenía Tkamer el talonario de cheques, ¡y halló la llave de la caja acorazada y particular del «Zurich Bank»!

—¡Aquí está! ¡Vámonos!

—¿No le ocultas en el armario?

—No —contestó él, yendo hacia la puerta—. Apaga la luz. Antes de cinco minutos estaremos fuera.

—¿Y la policía? ¡Nos están buscando!

—Tomaré el «Masseratti-2000». Que nos sigan si pueden. No te preocupes. Llevamos aquí un buen puñado de brillantes marcianos.

Celeste Brim apagó la luz y salieron del salón, dejando detrás el cuerpo, al parecer sin vida, del hombre de «Argho», Y menos de tres minutos después, la pareja abandonaba el edificio en el interior de un excelente coche deportivo, de gran velocidad, no sin antes haber llamado a la entrada, para que el guarda les abriera la verja.

Como una exhalación, enfilaron la carretera radial de Fontainebleu a tan gran velocidad que no pudieron pasar inadvertidos para la policía de tráfico, la cual comunicó por radio a los puestos de vigilancia las características de aquel coche, apenas vislumbrado en la carretera.

Dos motoristas trataron inútilmente de seguirles. Pero Ugo

Sganarelle era un «as» del volante y conocía bien la ruta. A más de doscientos kilómetros por hora, se lanzó a una desenfrenada carrera, pasando como una centella ante los puestos de control.

Sin embargo, antes de llegar a Moret, la policía bloqueó la carretera, interceptándola con un autocar vacío. Dos coches, con los focos encendidos, se situaron a ambos lados. Era imposible pasar por allí.

Ugo vio la barrera y frenó, deteniéndose a menos de diez metros.

La policía, armas en mano, se acercó.

—¡No se muevan! ¡Coloquen las manos sobre la cabeza!

—¡Te dije que no podríamos ir a ninguna parte! — exclamó Celeste —. ¿No lo ves?

—Estate quieta y calla. Yo hablaré con ellos.

Media docena de agentes les rodearon. Sin moverse del asiento, Ugo se encaró con el jefe.

—¿Qué ocurre, señor? ¿Por qué han interceptado la carretera?

—Documentación, por favor —exigió el oficial secamente.

Ugo sacó su cartera con parsimonia, mientras miraba con disimulo en torno, buscando un hueco por donde introducir el coche. Y lo vio junto a donde estaba el vehículo de la policía. La carretera tenía allí un trozo llano, de tres o cuatro metros.

Fue entonces, al entregar sus papeles al oficial, cuando empujó a Celeste, pues había abierto un policía la portezuela de aquel lado, y la lanzó fuera del coche.

—¡Quítense de ahí todos!

El motor rugió y brincó hacia delante, golpeando a dos agentes, que salieron despedidos hacia los lados. Al mismo tiempo, el «Masseratti-2000» partía como un rayo hacia el hueco dejado al lado de la ruta, por donde pasó velocísimamente, cuando ya algunos agentes abrían fuego con sus armas contra él. El vehículo pasó la barrera, se situó de nuevo en el centro de la calzada y se alejó como un rayo, seguido por las balas de las armas automáticas de la policía, una de las cuales reventó un neumático trasero.

El coche empezó a dar bandazos a derecha e izquierda, pero sin disminuir la velocidad que llevaba, hasta que terminó por saltar fuera de la carretera, donde dio varias vueltas de campana, incendiándose.

A consecuencia de la pérdida del control, Ugo Sganarelle se golpeó el pecho contra el volante, quedando sin sentido y aprisionado en el interior del vehículo ardiendo. Cuando lograron sacarle de entre las llamas, había muerto abrasado.

* * *

Celeste Brim, sin más lesiones que un hematoma en la rodilla, a consecuencia de la caída, fue conducida a la prefectura de

Fontainebleu, donde se encontraba ya el comisario Jacques Marten. La policía de tráfico había informado por radio de lo ocurrido, y Marten exigió que Celeste fuera llevada a su presencia.

Víctor Billain y dos oficiales de la policía local se encerraron en un despacho con la joven, la cual no tuvo ánimos para negar nada y confesó desde principio lo que había ocurrido.

— El señor Tkamer nos tenía amedrentados. No podíamos irnos y dejarle, porque su poder era extraordinario. Sé que no van a creerme, porque ahora él está muerto y no podrá revelar nada. Pero es cierto. Pueden preguntárselo al doctor Henri Luys.

—No te esfuerces en convencernos, preciosa — dijo Marten—. Sabemos más de lo que imaginas. Continúa.

—Esta noche, después de cenar, Ugo me propuso atacar a Tkamer. Yo tenía mucho miedo, pero accedí, porque Ugo me dijo que lo haría todo. Yo sólo debía distraerle un instante.

»¡Fue Ugo quien disparó la saeta y luego le golpeó hasta matarle!

—¿Está muerto? —preguntó Marten en tono apremiante.

—Sí, supongo que sí.

—¿Dónde está?

—En una finca, a seis kilómetros de Fontainebleu, que antes era propiedad del banquero Alex Morain, de París.

Los dos oficiales de policía se miraron. Uno dijo:

—¡Lo supuse! Pero el jefe aseguró que no debíamos molestar. .

—Bien, vamos allá. Nos contarás el resto por el camino, monada.

En pocos instantes se organizó una auténtica caravana de coches oficiales, que salió en dirección al lugar indicado por Celeste. Sin embargo, antes de llegar a su destino, el comisario Marten gritó:

—¡Pare, chófer! ¿Qué es aquello?

A unos dos kilómetros, por encima de los árboles, vieron una extraña fosforescencia que fue aumentando de intensidad por momentos, para luego surgir algo así como un objeto brillante, rojo blanco, de forma lenticular, que ascendió hacia la atmósfera, primero lentamente y luego con gran celeridad, hasta perderse de vista.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó uno de los oficiales de policía.

—Me parece que hemos llegado tarde —mascculló Marten—. Sigamos.

La fosforescencia se había apagado al desaparecer el punto luminoso en el cielo. Pero uno de los oficiales observó:

—Eso ha salido de la finca del banquero Morain, comisario.

Éste asintió.

—Sí, temo que sí.

Luego prosiguieron avanzando.

Cuando llegaron a la verja de entrada al terreno que circundaba la finca, la policía no se sorprendió al ver a los sirvientes corriendo

despavoridos. Fue preciso detenerlos a todos y dominarlos por la fuerza. Ofrecían síntomas de terror.

—¡La luz maldita! — decía uno, temblando como un azogado—. ¡Yo la vi claramente desde la ventana de mi cuarto!

—¿Qué fue? — preguntó Marten.

—¡Algo infernal, señor! ¡Salió del hangar! ¡Cegaba! ¡Todo parecía envuelto en fuego! ¡Y aquella bola ascendió hacia el cielo, sin ruido!

Marten, llevando a Celeste y seguida de Billain y los oficiales, se trasladaron rápidamente hacia el edificio principal, que había sido abandonado por la servidumbre. En el aire parecía flotar una ola cálida, pero todo estaba en silencio. Muchas luces permanecían encendidas.

Entraron en el salón, donde sólo encontraron una mancha oscura en el suelo, así como la ballesta y la saeta empleadas por Ugo Sganarelle para atacar ahombre de «Argho». Pero no hallaron ni rastro de éste.

Registraron después el hangar, donde se suponía que el banquero Morain guardaba su avioneta particular, pero sólo descubrieron un intenso calor, excepto indicios sospechosos, que hicieron decir al comisario Marten:

—Mucho me temo que el hombre que buscamos esté ahora a muchas millas de aquí.

—¡Pero si estaba muerto! ¡Estoy segura! — exclamó Celeste.

El comisario dijo:

—Si eso es verdad, cosa que dudo, debió resucitar y dirigirse a su nave espacial. Ahora está camino de su mundo. Creo que habremos de dar carpetazo al asunto y tratar de sacar conclusiones por nosotros mismos... ¡El pájaro de Marte ha volado!

»De todas formas, nuestra preciosa amiga tiene muchas cosas que decirnos. De modo que empecemos cuanto antes, a ver si podemos reconstruir los hechos.

Celeste Brim no estaba en condiciones de prestar una declaración coherente. Y como Marten quería registrar a fondo la mansión, la dejó en manos de la policía de Fontainebleu, mientras él y Billain se dedicaban a examinar todo lo que de interesante había en la casa. Tras varias horas de búsqueda, comprobaron que Horace Tkamer no había dejado tras él ni un insignificante botón que hubiese sido construido fuera de la Tierra.

Marten comentó:

—Nos hemos lucido, Víctor. Vamos a presentar un informe al Parlamento que será el hazmerreír de toda la gente.

Marten movió la cabeza, vacilante Dijo:

—Afortunadamente, tenemos a Henri Luys —replico Billain,

—Si, Pero ya veremos... No sé qué decirte. Hasta los brillantes del

«Zurich Bank» serán de origen terrestre… ¡Tkamer era demasiado listo!

CAPÍTULO X

El informe presentado por Claire de Lautréamont sólo sirvió para distraer a los parlamentarios de la Federación Europea, y fue leído en sesión privada.

Requerido el testimonio de Henri Luys, Jacques Marten y Víctor Billain, fueron escuchados con expresión escéptica. Luego, la Subsecretaría General se hizo cargo del asunto y no se informó a la prensa hasta que no se hubiera hecho un dictamen.

Las consecuencias empezaron a notarse algún tiempo, después, cuando fue nombrado un nuevo jefe del Departamento Interplanetario y, al mismo tiempo, de modo inesperado, llegó el cese oficial de Claire de Lautréamont.

El nuevo jefe, un hombre seco, de nacionalidad portuguesa, no dio a Claire ninguna explicación, alegando que ignoraba lo ocurrido, pero que el «Proyecto Marte» seguramente se continuaría, cosa que no fue así.

Por otra parte, los científicos aquejados de alucinaciones y decaimiento pronto se recuperaron, volviendo a sus trabajos respectivos, pero encontrándose con una indiferencia oficial ante el proyecto que les interesaba. Se adujo que la muerte de sir Alexander Bramwell había restado impulso al proyecto, el cuál no se abandonaba, sino que se estudiaba más a fondo, para que la exploración de Marte fuera más efectiva.

Henri Luys no supo nunca la parte que el Parlamento tomó en esta demora. Pero el cese de Claire, como secretaria general del Departamento Interplanetario, fue una bendición para él.

Se vieron con frecuencia en París, hicieron un viaje juntos, de vacaciones a las islas Canarias, y, como era de esperar, una noche, paseando bajo las estrellas por una solitaria playa, él pronunció palabras cálidas y amorosas al oído de ella.

Claire, asida a su brazo, se dejó acariciar por aquel mágico susurro de amor que la voz de Henri, mezclada con el murmullo del mar, introducía en su mente adormecida por el amor.

—He esperado mucho, Claire. Ya no puedo aguardar más. ¿Te importa que te exprese la sinceridad de mis sentimientos? ¡Te quiero, Claire! ¡Nada se interpone entre tú y yo! ¿Hay algún impedimento que nos separe?

—Todos los impedimentos que tú no seas capaz de salvar con tu voz mágica, Henri. Yo también esperaba esto hace días. Desde que me hipnotizaste, allá en París, supe que acabaría siendo tuya. Ugo ya no era más que una sombra ridícula.

—Respetemos su memoria, querida.

—Sí, que descanse en paz. Era un sujeto demasiado fatuo. ¿Crees que no le conocía bien?

—¿Y qué opinas de mí?

—Tú eres el ser amado que me devolvió la felicidad, Henri. Desde aquel día, siempre miro hacia el planeta rojo con esperanza y simpatía.

—¿Esperanza?

—Sí. Creo que allí hay gente buena, con una moral distinta a la nuestra... Tkamer luchaba por su raza.

Se detuvieron junto a una farola de luz blanca. Tenían las manos entrelazadas y se miraban profundamente a los ojos.

—¿Estás hipnotizándome para que te quiera más? — preguntó ella con un hilo de voz.

—No. Trato de darme ánimos para besarte.

—¡Me muero de deseos, Henri! ¡Hazlo!

Él no se hizo rogar. Se inclinó sobre ella y fundieron sus labios con apasionamiento increíble e intenso. Las consecuencias de aquello fue la boda que se celebró en París, tres meses más tarde, y a la que asistió una gran cantidad de invitados de las mejores familias europeas.

Henri Luys pasó a ser un famoso psicoanalista, y se instaló en el gabinete que había pertenecido al doctor Charles D'Auriac, reteniendo a los ayudantes de éste y nombrando a Guy Andry su socio.

Pronto tuvieron la mejor clientela de París y la cuenta corriente de Henri se hizo respetable, gracias a sus buenos diagnósticos, lo que no fue obstáculo para que asistiera también a personas humildes por un módico precio. Y si el caso lo requería, era el propio Henri quien atendía a los pacientes en el consultorio popular.

* * *

Algunos años más tarde, Henri Luys recibió en su gabinete a un hombre de buena presencia, alto, de cabello liso y castaño, elegante y que se expresaba en correcto francés.

Nada más verle entrar, acompañado por. Odette, Henri tuvo un vago presentimiento. El individuo, que dijo llamarse Edmund Varzy, estrechó la mano de Henri y se sentó frente a él, iniciando la conversación en estos términos:

—He venido a verle porque sé que puedo confiar en usted, doctor Luys.

—Por supuesto. ¿En qué puedo servirle?

—Espero que sabrá guardarme un secreto. Es muy importante para todos. Debo decirle que hace unos años, en este mismo gabinete, no tuve más remedio que matar a un hombre.

Henri sintió encogérsele el corazón en el pecho. Se envaró en su asiento y se quedó mirando fijamente a su visitante.

—No tema nada. En aquella ocasión hube de actuar de aquel modo porque el caso lo requería. No sé si sabrá que el doctor D'Auriac hipnotizó varias veces a la que hoy es su esposa. A través de su mente de ella, D'Auriac trató de presionarme. Quería dinero y me lo pidió. Me dijo que si no se lo daba me descubriría... ¿Me recuerda ahora? Nos vimos a través de un objeto como éste —Varzy sacó del bolsillo un estuche, del tamaño de una agenda —. Yo temí que fuera usted como su colega. No conocía bien a los hombres. Ahora, después de la experiencia pasada, sé que puedo confiar en usted.

—¡Horace Tkamer! ¡No puedo creerlo!

Tkamer sonrió, mostrando una hilera de dientes perfectos y blancos.

—¿Verdad que mi aspecto es mucho mejor que la otra vez?

—Sí, sí... ¿Por qué ha venido?

—Deseo testimoniarle mi afecto y agradecimiento, doctor Luys. Fue usted el único que actuó honradamente conmigo. Gracias a sus sugerencias, mi problema se solucionó del modo más sencillo.

—'Pero... ¡Celeste Brim dijo que estaba usted muerto!

—Esa pobre chica no sabía lo que estaba diciendo. Me hirieron, sí. Ugo Sganarelle llegó a sorprenderme. Yo estaba demasiado preocupado por usted en aquel instante. Y gracias a eso pudo meterme una saeta en el pecho. Luego me aturdió a golpes. Pero nosotros poseemos un mecanismo interno de recuperación que actuó en cuanto mi organismo estuvo realmente en peligro.

«Entonces me levanté, recogí mis pertenencias y me fui. Tenía que reactivarme energéticamente, y eso sólo podía hacerlo en mi mundo.

«Luego volví y, sin relacionarme con nadie, llegué hasta la mente del presidente Robles. Tenía usted razón. Ese era el camino correcto. Todo se solucionó de la manera más fácil. Aunque hube de hacer algunas concesiones.

»La investigación de Marte proseguirá, por supuesto. Ustedes poseen millones de personas que desean la conquista de los planetas.

—Pero... ¿no quería usted que no fuéramos allí?

—Sí, por supuesto. Ahora, no importa. Sé que aunque se instalen en «Argho», habrán de transcurrir siglos antes de que logren descubrir nuestras ciudades subterráneas. Nada delatará nuestra presencia en el mundo que ustedes llaman Marte.

«Cerraremos todos los accesos exteriores. Todo está previsto y convenido.

—No acabo de comprender... Entonces, ¿todo lo que ocurrió podía haber sido evitado?

—Supongo que sí. Y lamento la muerte de sir Alexander Bramwell. Sin embargo, debo informarle que no murió por mi culpa. Fue su gastado organismo lo que falló, estaba demasiado sugestionado por mi

telehipnosis y creyó morir por mi culpa.

»Sólo me proponía apartarle de su tarea durante algún tiempo. Claro está, y debe reconocerlo, que los móviles que me inducían a actuar de aquel modo, en un mundo hostil, eran importantes.

«Quisiera poder mostrar a usted mi mundo. Verá que todo es distinto allí, incluso la conciencia. Nosotros no matamos por placer. Sin embargo, nos estamos muriendo inexorablemente.

—Lo siento.

—No tiene remedio, doctor Luys. Tarde o temprano desapareceremos totalmente. Para entonces quizá tengan ustedes bases en Marte y habrán repoblado la superficie. La capacidad técnica de ustedes es admirable. Van por un magistral camino de evolución. Pero lo que deberían hacer sus gobiernos, como he sugerido al presidente Robles, es unirse todos en un solo pueblo y no dividir esfuerzos.

«Poseen ustedes la maravillosa capacidad de procrearse continuamente. Si hubieran medios económicos elevados, se desarrollarían más aprisa, porque no hay razón para que un matrimonio haya de tener uno o dos hijos, pudiendo tener veinte o treinta. ¿Me comprende?

Henri trató de sonreír.

—Claire y yo tenemos tres.

—Lo sé, doctor Luys. Y he pensado en traerles un regalo para ellos. Se lo enviaré desde el hotel donde me hospedo. Pero continuemos. Sé que quiere usted hablarme de Ugo Sganarelle... ¡Ah, admito que fue un bribón!

»Me apoderé de su mente durante la expedición de la «Tierra XX». Le atraje hacia una gruta y le sondeé. Vi que era factible de ser dominado por dinero o riqueza y le llené las manos con piedras preciosas, que para nosotros no tienen más valor que simples cristales para ustedes. En «Argho» podemos fabricar diamantes con arcos voltaicos. »Dije a Ugo que me preparase una documentación razonable, y no se le ocurrió otra idea que buscar a falsificadores japoneses, que me convirtieron en Horace Tkamer.

»En esta ocasión, yo mismo he preparado la documentación que llevo ahora. Es mucho más perfecta que la anterior. Tuve ocasión de aprender muchas cosas.

Había una pregunta que parecía quemar la lengua de Henri.

—¿Cómo mató usted al doctor D'Auriac?

—Le seccioné la garganta con una tenaza en forma de cepo.

—¡Qué horrible!

El visitante cósmico sonrió.

—En mi mente no existe una moral como la de ustedes. A mí puede parecerme agradable lo que a otros les desagrada. Pero no lo

hice por sadismo. Yo estaba influyendo a los responsables del «Proyecto Marte» con la imagen de un antiguo animal marciano.

«Busqué un factor psicológico, cosa que usted comprenderá muy bien.

»Seguí la mente de Claire. Entré aquí por el aparcamiento y utilicé la salida privada. D'Auriac quedó hipnotizado al verme. Me puso el cuello y se lo desgarré.

»No era, en contra de lo que parecía, un hombre inteligente, como usted, sino un ambicioso, embaucador y cínico. Pudo, por medio de la hipnosis, dominar la mente de Claire, aunque ella lo ignora.

—Sí. La hipnotizó sin su consentimiento — admitió Henri.

—Exacto. Y al saber lo que estaba ocurriendo, me pidió una fortuna. Yo podía haberle ignorado no haciéndole caso. Pero necesitaba una víctima, a fin de causar más impresión. Estuve a punto de conseguir que Claire, atemorizada, desistiera de todo, incluso de volver a su trabajo, con lo que daba otro fuerte golpe al «Proyecto Marte».

»Pero surgió usted, mi querido amigo. Y hube de admitir que me había equivocado al menospreciar la inteligencia de ustedes. Sé que sus conocimientos científicos están bastante adelantados, pero no imaginé que fuera tanto.

«Cuando se encerró en la cabina antimagnética del Instituto de Física Nuclear quedé aislado, sin poder detectar su mente. Eso me desconcertó mucho.

»Allá, en "Argho", estudiamos hace tiempo el cerebro de ustedes. Está compuesto y ordenado como el nuestro, porque la obra de Dios es perfecta y completa. Tienen ustedes capacidad de desarrollo, como la hemos tenido nosotros, pero los principios básicos son los mismos.

»Tal vez usted ignore que un cerebro es la obra más perfecta que existe. Contiene todo lo necesario para desarrollar la inteligencia hasta límites increíbles. Es el centro motor de la vida individual y está organizado para que la evolución de la raza sea continua.

»Las ondas mentales que emiten ustedes son débiles. Pero yo podía captarlas por medio de mi selector. Para conseguirlo, sólo debo concentrarme en determinada persona, eliminando todos los demás influjos. Una vez detectada la onda, me resulta fácil captar las modulaciones psíquicas y averiguar lo que piensa.

»En "Argho", nosotros nos comunicamos por telepatía, pero no hemos perdido el don de la palabra. Ahora mismo sé lo que está usted pensando. ¿Cómo puedo adquirir este aspecto humano?

—En efecto — admitió Henri sin sorpresa —. En eso pensaba. La otra vez era usted un hombre de edad, con una fisonomía que parecía haber sido lograda por la cirugía plástica.

—Mi organismo no difiere mucho del de ustedes. Soy vertebrado y

de estatura algo más pequeña. La dilatación ósea temporal la obtengo por medios químicos. Me moldeo, por decirlo así, hasta adquirir el aspecto de cualquiera de ustedes.

»Luego modelo mis manos y mis facciones. La primitiva rigidez ha sido superada, dando más elasticidad a mis músculos faciales. Digamos que me aplico una máscara de carne artificial. Nosotros tenemos una cabeza desproporcionada en comparación con la de ustedes. Debo comprimir mi cráneo, para lo cual "reblandezco" mi cabeza y la reduzco. El cerebro no sufre nada en absoluto.

»Una vez maquillado, aplico a mis ojos córneas artificiales y me pongo una dentadura postiza. ¿Qué tal estoy?

—Perfecto, señor Varzy. Cualquiera le tomaría por un auténtico europeo.

—Gracias, doctor Luys. Es usted muy amable — replicó el visitante —. Usted me devolvió la confianza en su raza. Comprenderá que los individuos que traté no eran precisamente lo más escogido de este mundo. Hicieron mal en enviar a Ugo Sganarelle a «Argho».

—Sí, fue una debilidad de mi esposa. En aquel tiempo, el conde de Montara era un conocido «sportman». Realizar un viaje a Marte le hizo famoso.

—¡Pobre hombre!

—Celeste Brim fue condenada a seis años de cárcel.

—Lo sé. He tratado de ayudarla y creo que cumplirá sólo la mitad de su condena.

—¿Me permite usted que le cuente a Claire esta visita?

Edmund Varzy sonrió.

—Sí, pero aún no he terminado. Sólo he cumplido la primera parte de mi visita. Hay más que debo decirle.

—¿Más? —inquirió Henri arqueando las cejas.

—Sí. Lo más importante.

—¿De qué se trata?

—De nuestra herencia cultural y técnica. En «Argho» poseemos instalaciones extraordinarias, que representan el esfuerzo de miles de siglos de trabajo, esfuerzo y estudio. Muchas de las cosas que hay allí ustedes ya las conocen, porque la técnica terrestre está muy avanzada.

»Pero hay muchas cosas más que ustedes ignoran y, posiblemente, tardarán siglos en descubrirlas.

»Yo he hablado con el Supremo Regente, cuyo nombre es algo así como Sxiiuxo o Siuxo, en lengua francesa. Le informé ampliamente de mi gestión. Él me escuchó y luego me dijo estas palabras: "Creo, querido hijo, que esos seres de la Tierra han de ser nuestros descendientes y herederos cuando nosotros hayamos desaparecido."

Henri estaba atónito.

—¿Quiere usted decir que...?

—Exactamente. Queremos que hombres como usted, de su limpieza de corazón y alma, vengan a vivir con nosotros a «Argho», para empezar a conocer los misterios de una ciencia y un modo de pensar que ustedes todavía no han alcanzado.

»Hemos calculado que representaría un enorme retraso para la evolución universal, que es a fin de cuentas la continuidad natural de la vida, que nosotros desapareciéramos definitivamente y ustedes tuvieran que empezar entonces a buscar nuestros restos arqueológicos.

»El Supremo Regente cree, y yo estoy de acuerdo con él, que un centenar de parejas jóvenes que vinieran a "Argho" a vivir con nosotros, recibirían la enseñanza de nuestros maestros y podrían transmitir, en su día, todos los conocimientos que poseemos.

Henri Luys estaba demasiado asombrado para poder articular palabra. Sin embargo, acertó a decir:

—¡Eso sería... maravilloso!

—Lo es. Esas cien parejas se reproducirían en nuestro mundo subterráneo. Serían la salvaguardia de nuestro testamento científico. La transmisión de nuestros conocimientos pasarían así a ustedes... Y nosotros podríamos ir muriendo tranquilos, sabiendo que nuestra cultura ha sido comprendida, amada y respetada.

—¿Y no han pensado en el peligro que puede representar que esos terrestres, trasplantados a «Argho» acaben por sentirse desvinculados de nosotros, y un puñado de miles, dentro de dos o tres generaciones, quieran dominar la Tierra, dado que poseerán conocimientos superiores a los nuestros?

—Lo hemos pensado. Pero no será así.

—¿No?

—Nosotros instruiremos a esos seres en una moral íntegra, como es la nuestra. Odiamos la violencia y la muerte, aunque sabemos que en ocasiones es necesario matar. No, la enseñanza será de amor. Y no habrá inconveniente alguno en que esos «colonos-alumnos» mantengan contacto con su mundo de origen.

«Nosotros lo único que deseamos es que los elegidos, cien parejas recién casadas, con diversos conocimientos técnicos, sean seres dignos, justos, honrados y ponderados. Sabemos que es posible hallarlos.

—Sí, por supuesto — admitió Henri.

—¿Qué me contesta? ¿Quiere usted ayudarme a elegirlos?

—¿Y cómo lo haremos? ¿Debemos consultar con el Parlamento?

Edmund Varzy negó con la cabeza.

—No, nada de eso. Serán individuos que abandonarán la Tierra clandestinamente. Si se detiene a recapacitar en las consecuencias de divulgar lo que nos proponemos realizar, ¡verá que desencadenaríamos una tempestad de violentas pasiones, y todo se malograría!

—Sí, creo que tiene usted razón. ¿Claire y yo podemos formar parte de esa expedición?

El visitante de «Argho» sonrió y dijo:

—Estaba esperando que me lo dijera… ¡Por supuesto! ¡Quiero que usted y su familia vengan con nosotros! ¡Estoy seguro únicamente de usted, doctor Luys! Con su presencia, todo irá bien. No se arrepentirá jamás de haber tomado esta decisión.»Ahora sólo nos falta buscar esas cien parejas. ¿Cree que puede utilizar la hipnosis para sondear sus mentes y averiguar su integridad? La nave que vendrá a buscarlos llegará dentro de tres meses. Mientras, usted y yo nos veremos continuamente. Los gastos que esto ocasione los pagará el «Zurich Bank», donde tengo dinero suficiente para organizar el reclutamiento.

Henri Luys se sintió hondamente emocionado y ansiaba volver a su casa para informar a Claire de todo… ¡Creía que estaba soñando!

FIN